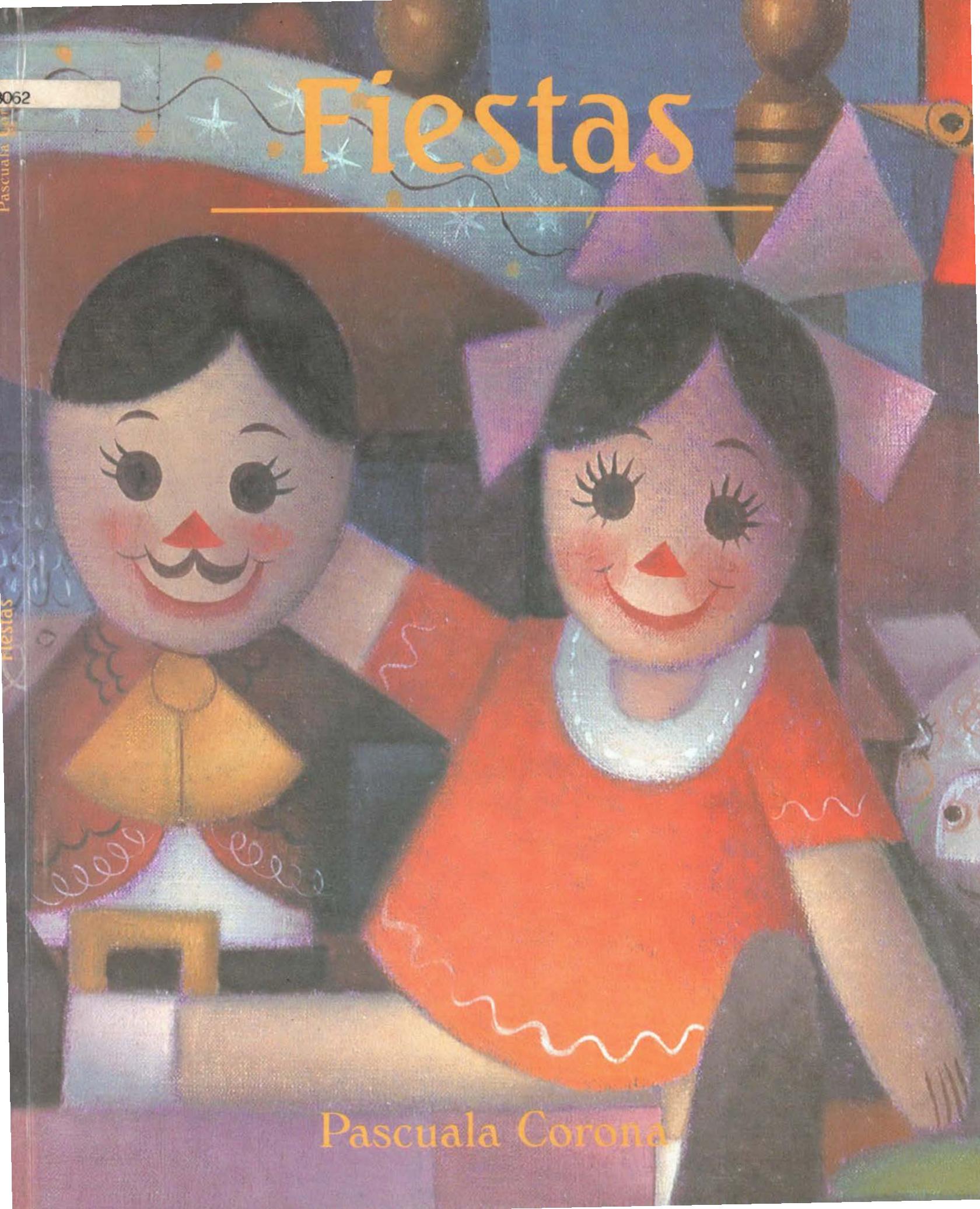


Fiestas



Pascuala Corona



5062



FIESTAS

FIESTAS

Pascuala Corona

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Diseño: Roxana Culbeaux

Primera edición: 1997

D.R. © Dirección General de Culturas Populares
Av. Revolución 1877. 6o. piso
San Ángel, C.P. 01000
México, D.F.

ISBN 970-18-0851-7

Impreso y hecho en México

Índice

Prólogo	9
Las fiestas patrias	13
Día de muertos	17
12 de diciembre	23
El nacimiento	27
El aguinaldo	31
Las posadas	37
Para pedir posada	43
Nochebuena	53
La pastorela	61
Los santos inocentes	67
6 de enero	73
Carnaval	79
El altar del viernes de Dolores	83
Semana santa	87
Jueves de <i>Corpus</i>	95
La cruz de mayo	99
Epílogo	101
Repostería	115

Prólogo

Presento en este libro las principales fiestas que se celebran en México, trato de describirlas, algunas en versión narrativa, lo mejor posible, aunque son tan vastas que es punto menos que imposible pretender abarcarlas todas.

La vieja cultura indígena unida a la influencia colonial, después a la Independencia y, más tarde, a la Revolución, originaron tal profusión de ferias populares, fiestas patrias y religiosas que, celebradas muchas veces en la misma fecha, pero que según el lugar donde se efectúen, tienen su personalidad y sello propios.

La variedad de trajes, danzas, música, juguetes y golosinas es innumerable y difiere totalmente en cada una de las regiones.

Lo pagano, estrechamente unido a lo religioso, forma el estuendo conjunto de fiestas típicamente mexicanas.

Fiestas

Las fiestas patrias

— ¡Petra, Petra! —gritó una voz en el mercado. La que respondió fue una simpática criada, que con sus enaguas de percal color de rosa bien almidonadas y su rebozo palomo, andaba comprando cintas de lana para sus trenzas.

—Pero, ¿qué haces por aquí, Mariquita? —dijo la aludida—, yo te hacía en tu tierra.

—Pos qué quieres, Petra, me vine de mi pueblo pa' ganar un centavo más, pero no me he hallado en ninguna parte...

—Pos a mí me ha ido bien —dijo Petra—, caminé con suerte y di con una buena casa. No son más que el señor don Pancho, que es hacedor de casas, doña Chole, su mujer, que es la señora y los niños Juan y Lupita, que agarré desde chiquitos y que los quiero como si fueran míos.

De ese modo se entretuvieron en platicar y Mariquita invitó a Petra a que fuera con ella, en la noche, al “grito”, pues era 15 de septiembre.

Cuando Petra regresó a su trabajo, fue luego en busca de doña Chole a pedirle el permiso. Los niños, que ahí estaban, al escucharla se alborotaron a ir con ella, pero doña Chole dijo:

—Mira Petra, si quieres ir, allá tú; pero te advierto que va tanta gente que en vez del “grito” oirás groserías y lo único que vas a recibir son pisotones; pero en fin, si quieres ir, ve. Ustedes niños, ni de chiste. Confórmense con que su nana los lleve mañana a ver el desfile.

Petra se fue esa noche al “grito” y al día siguiente comenzó a contar cómo le había ido.

—¡Ay niños, vieran nada más qué bola! —decía—, qué diferencia con el 15 y 16 de septiembre que celebramos en mi tierra, ahí sí se pone la cosa buena, todos adornan las puertas de sus casas con banderitas tricolores y las calles por donde pasa la formación con tiras de banderas de papel de china picado. El presidente municipal sale al balcón a tocar la campana y al grito de: ¡Viva México! todo el pueblo aplaude, pero con orden, no que

aquí, todo se les va en pellizcar. Después, se siguen los “castillos”, los “toritos” y toda clase de fuegos artificiales. ¡Hay que ver cómo se gasta en cueterío!

El 16 salen a desfilan no sólo la guarnición de soldados sino, también, los charros y los niños de la escuela con sus banderitas nacionales en la mano, marchando tras del profesor. Finalmente los carros alegóricos: el de la Independencia con el cura Hidalgo en persona, llevando el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe en la mano, acompañado de la niña más bonita del pueblo que, vestida de blanco, hace de Libertad, después el carro de la raza donde va el cuadro de Morelos, rodeado de niños y niñas vestidos ya de charros, ya de indios, chinas poblanas, tehuanas...

Y ese día la banda de música se instala en el quiosco de la plaza de armas y todo el santo día toca la marcha de Zacatecas.

La tarde la pasa uno en muchas diversiones; hay charreadas, peleas de gallos y carreras de caballos y de argollas.

Más nohecito se merienda en la calle pues hay puestos de enchiladas, quesadillas, pambazos, tamales y atole caliente. Los dulceros hacen su agosto, por dondequiera se oyen los gritos de:

—¡Marquesote de rosa... pa'la mujer que es celosa! ¡Alegría, lleve alegría!

Y el grito del charamusquero que dice:

Aquí traigo las trompadas
a tlaco las voy a dar.
Quien no compre mis trompadas,
trompadas le voy a dar.

—Ay, qué rico —decían los niños—, cuéntanos, Petra, cuéntanos más.

—Pues verán que, después de merendar, todos juegan a la lotería; pero eso sí, hay que ponerse muy aguzados, pues a veces no se les entiende como la gritan, que es maña que cogen para que una no gane, pues dicen:

¡Mi comadre la huesona!, y es la muerte.
¡El hablador de la costa!, el perico.
¡El amparo de las viudas!, el diablo.

¡El gorro de sedalina!, el gorro.
¡El abrigo de los pobres!, el sol.
¡Corre y va corriendo... No se desvalorinen...!
¡La que tiene mita y mita sentada en el ancho mar!, la sirena.
¡Dialtiro las tronchan verdes, no las dejan madurar!, la tuna.
¡Me caso y me retecasó, el caso que te hago es nada!, el cazo.
Y Petra seguía gritando y contestándose, haciendo felices a los niños.
¡A mí no me araña nadie!, la araña.
¡El perfume de tus pies!, la bota.
¡Con las que te han de doblar!, la campana.
¡El que le cantó a San Pedro!

—¡El gallo, el gallo! —interrumpieron los niños—, y la nana con su grito como que regresó de muy lejos y no quiso ya seguir contando. Los niños eran demasiado chicos para darse cuenta de que habían roto el encanto.

Después, don Pancho les dio dinero. Fueron a ver la formación, compraron cascos de cartón, espadas de madera y las clásicas cornetas que en montones andaban vendiendo en unos canastos de pan. La Reforma estaba invadida, además de los mirones, por los vendedores ambulantes que ofrecían aguas frescas, tortas compuestas y limones a los que desfilaban.

Los niños vieron pasar la infantería, la caballería, los cañones, los marinos, los gendarmes, la Cruz Roja y los bomberos; pero lo que más les gustó fue el porte marcial de los alumnos del Colegio Militar, los toques de corneta, los tamborazos y la banda de música.

Ya que vieron casi todo el desfile regresaron a su casa y Juan preguntó a su nana:

—Pero, ¿a que tú no sabes por qué es esta fiesta? Verás, yo te lo voy a decir como me lo enseñaron en la escuela: México recibió el nombre de Nueva España cuando fue descubierto y conquistado por los españoles; pero una vez que creció quiso gobernarse solo y como los españoles que lo habían educado creían que todavía no era tiempo de dejarlo, México se rebeló y luchó por su independencia hasta consumarla. El cura Miguel Hidalgo y Costilla la inició en Dolores la noche del 15 de septiembre de 1810 con el grito de: ¡Viva México y viva la Virgen de Guadalupe! Muchos lo siguieron en la lucha, Allende, Morelos, Guerrero y finalmente, Iturbide

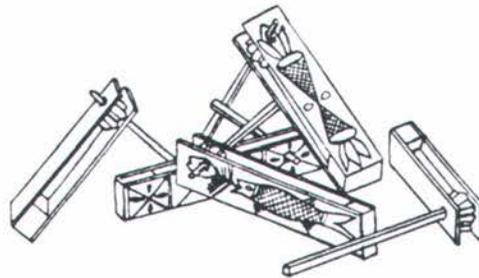
consumó la Independencia en 1821. Desde entonces se establecieron ese día las fiestas patrias y el presidente, recordando a Hidalgo, da el grito en el Zócalo al tiempo que toca la campana.

Y Lupita lo interrumpió, diciendo:

—Sí nana; en la noche, en Chapultepec, habrá noche mexicana y la bandera nacional aparecerá como por encanto en el lago, el castillo estará todo iluminado y habrá feria; qué ganas de ir... Ya iré cuando sea grande.

—También hay otras fiestas nacionales como la del 5 de mayo en conmemoración de la batalla efectuada en esa fecha en Puebla; el 12 de octubre, día de la Raza; el 20 de noviembre se recuerda la Revolución; a las madres el 10 de mayo; el 30 de abril al niño; también se festeja en distintas ocasiones al soldado, al maestro y al árbol...

—¡Ay niño! —dijo la nana—, ya mejor ni me digas, ¿qué no ves que ya con los años me falla la memoria...?



Día de muertos

—Niña —dijo Petra dirigiéndose a doña Chole—, que ahí está el de la basura, que dice que si no gusta darle su “calavera”, que aquí manda este papel.

—Cómo no —contestó doña Chole—, dale un tostón, que bien se lo merece y, de paso, dile a la cocinera que no deje de traerme del mercado las flores de cempasúchil que le encargué y a la recamarera que tenga prevenida la batea y el estropajo y las velas de cera decoradas que compré en Xochimilco y en San Martín Texmelucan, y el sahumerio de barro vidriado de Puebla, porque acabando de almorzar nos vamos al cementerio a cumplir con los difuntos, mientras el señor va al centro a buscar los boletos para el teatro y tú llevas a los niños a los puestos.

—¿A los puestos, los llevaré a los puestos?; ¡benditas sean las ánimas! —decía Petra a tiempo que se alejaba.

Y así lo hicieron; doña Chole se fue con la recamarera al camposanto; lavaron las sepulturas, pusieron las flores, encendieron las ceras, quemaron el incienso y rezaron el Rosario.

—Mire, señora —dijo entonces la recamarera—, cuánta gente trae sus canastas de comida, viéramos venido antes y era como día de campo...

—¡Qué día de campo ni qué nada, aquí viene uno a rezar!, y ahora yo ya me voy que tengo que hornear el pan de muerto y ver que hagan el punche de maíz morado para la merienda; tú aquí te quedas cuidando todo, pero te vas temprano porque en la noche se hace mucho desorden.

Mientras tanto, Petra, con gran alboroto, se encaminó con los dos niños a los puestos de la Alameda y, a pesar de las apreturas, se iban deteniendo en cada uno, ¡había que ver qué bonito estaban adornados!

Había mesas de madera cubiertas de manteles de papel de china picado y sobre ellas se alzaban, remetiéndose a modo de escaleras, tablitas engalanadas con el mismo papel, encontrándose encima los juguetes de dulce; los había de alfeñique de Toluca, de Puebla o, bien, de azúcar sencilla como los de Pátzcuaro, animitas y gallinitas de pepita de las que hacen

en Jalapa; todos estaban muy bien adornados y había tal variedad de figuras y colores que los niños no sabían por cuales decidirse.

—No se acerquen demasiado —decía la marchanta—, no me los vayan a testerear. Por fin, Lupita dijo:

—Yo quiero un borreguito color de rosa con sus cuernos forrados de oro y un caballo, o mejor un cochinito...

—Que sean los tres, ¿verdad marchantita? —dijo la mujer dirigiéndose a Petra. Y la nana, que se veía en los niños, les compró los que quisieron y muchos más... gatitos, gallinas, toritos; unos adornados con oro volador, otros con motas de papel de china, unos rosas, otros blancos, otros azules, adornados con penachos amarillos y morados, y una calavera para cada quien con todo y su nombre.

De ahí se fueron en busca de los entierritos. Juan escogió uno de tejamanil de los que se estiran y se encogen y que tal parece que adelanta la procesión de monitos de garbanzo; también compró un títere de barro que representaba un esqueleto completito y que una mujer hacía bailar, al tiempo que decía:

La muerte calaca
ni gorda, ni flaca.
La muerte casera
pegada con cera.

El niño no se separó del puesto hasta no aprenderse el verso y se alejó repitiéndolo tanto que ya parecía pregón. Lupita, en cambio, escogió un entierro de cartón, de esos que se les da vuelta y aparece y desaparece la procesión de monaguillos vestidos de trinitarios con cabezas de garbanzo y cerillos en la mano, a guisa de velas; una mesita de ofrenda muy bien adornada con sus arcos forrados de flecos de papel de china, su calavera en el centro rodeada de antojitos: molito de azúcar, enchiladas, fruta, unas ánforas de vidrio llenas de agua de colores y quién sabe cuánto más.

De pronto gritó Juanito:

—Nana, nana, ¡que se me desbarata la calavera!

—Es por la calor de tu mano, niño, mejor tírala que ya para irnos te compraré otra.

—Ay nana, mejor me la como para que no se desperdicie... —y diciendo y haciendo, empezó a morderla.

—Pero niño —dijo Petra—, siquiera quítale las cuentas de papelillo, que te cortas la boca, y los ojos de papel de estaño te harían mal.

—Mira nana —dijo Lupita—, yo quiero una carroza de muerto como aquella que lleva jalando ese niño pobre, la de madera pintada de color de rosa, que tiene sus banderas de papel de china azul y que dice “Dolores”.

—Pos niña, no sé dónde la habrá comprado. A ver, le preguntaremos a la marchanta del pan de muerto, quien quite y ella sepa...

—Marchantita, ¿no sabe ónde venden las carrozas?

—Ay señora, yo sólo sé de mis panes de ánimas, que están tan güenos que ya las moscas se los quieren acabar —y esto diciendo, daba golpes a diestra y siniestra, espantando con un plumero de flecos de papel de china a los insectos del pan de muerto que, en forma de cristianos y pintado de magenta, había traído a vender desde Guerrero o Oaxaca.

—Ahora sí, ya vámonos —dijo entonces Petra—, que se hace tarde y tienen que arreglarse para la junción.

—Pero mi calavera, nana —dijo Juanito—, yo quiero otra calavera.

—Mira niño —dijo Petra—, mejor si quieres te la compro de cartón, así no se te desbarata y te dura más la diversión.

Y eso diciendo fueron en busca de un puesto de máscaras y Juanito escogió una que tenía una corona.

—Y ¿por qué tiene corona? —preguntó Lupita.

—¿Por qué ha de ser, niña? —respondió la marchanta—, porque tu hermano tiene buen gusto y escogió la calavera de un rey ¿no quieres tú otra?

—Yo no quiero a la muerte ni que fuera reina —dijo Lupita.

Y la marchanta se burló de ella diciéndole:

—Pos al cabo tarde o temprano te ha de llevar, es mejor estar bien con ella. Se tapó la cara con una máscara y siguió diciéndole:

—Éjele, éjele, ¡como te ves, me vi!, ¡como me ves, te verás!

A Lupita se le salieron las lágrimas del susto, se agarró de las enaguas de su nana y a gritos le pidió que se fueran para la casa.

En el camino todavía se entretuvieron en comprar un títere de cartón que tocaba el violín, una muerte en bicicleta, un esqueleto vestido de tehuana y unos músicos de arcilla que habían traído de Oaxaca.

Luego que llegaron y mientras se arreglaban llegó el momento de irse al teatro a ver a don Juan Tenorio.

Petra, mientras tanto, se puso a lavar la mesa de la cocina y se dedicó a componer la ofrenda comenzando por una calabaza en tacha, que había traído de los puestos, unas enchiladas recalentadas que acompañó con lechuga y rabanitos, un pan de muerto muy adornado de huesos y lágrimas, la calavera que había comprado Lupita, una taza con punche, el clásico vaso de agua y un ramo de cempasúchil. Así se le fueron las horas y regresó la familia. Petra salió al encuentro de Lupita y tarde se le hacía para enseñarle la mesa.

Lupita estaba azorada de ver todo lo que su nana había hecho, sobre todo, al escuchar lo que ésta le decía:

—Mira niña, ésta sí es una mesa de ofrenda de a de veras, tal y como las ponen en mi pueblo para los difuntos en este día. Y mira, si te esperas a la media noche verás al muertito que viene a probar sus antojitos y si no, ya verás mañana cómo todo amanece revuelto...

Y Petra seguía discuriendo de las costumbres de su pueblo sin darse cuenta de que doña Chole la escuchaba parada en el dintel de la puerta y que al oírla disparatar de este modo le dijo:

—Válgame, Petra, pero ¿no te da vergüenza? Si ni pareces cristiana. Que los de tu pueblo crean todavía en esas cosas, pasa, pero tú que ya tienes tantos años en la casa ¡que todavía andes con esas cosas! Quitá pronto esa mesa, que en vez de muertos los que van a venir son los ratones.

A esto, Petra ya no tuvo más que añadir y en honor a la verdad muy humildemente empezó a desbaratar su obra de arte ante los ojos lagrimientos de Lupe que, muy triste, se fue a acostar.

Doña Chole, para distraerla comenzó a contarle de las calaveras escritas en verso, fruto del humorismo popular, que se dirigen con la misma naturalidad a todas las clases sociales, desde los políticos hasta los marchantes, demostrando, una vez más, ese desprecio por la vida y esa identificación con la muerte tan clásicamente mexicanos.

Los versos decían así:

Comenzaremos señores
con Juana la tortillera

que vende buenas tortillas;
pero están tan amarillas
que dicen que es calavera.

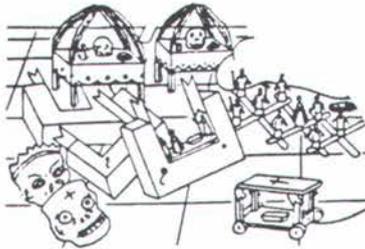
En la pulquería se sienta
Pachita la enchiladera
que hace muy buenas chalupas;
pero siempre está en disputas
y le han puesto calavera.

Aquí concluye la ofrenda
dedicada a las placentas,
que si hoy se encuentran vivas
pronto se irán en partidas
a vivir con calaveras.

Los niños hubieran querido pasarse la noche escuchando a su madre y aprendiendo versos, pero doña Chole decidió dejarlos y Petra aprovechó para volar al lado de la niña y preguntarle si se había divertido en la función. Lupita comenzó a contarle la pieza de teatro del Tenorio y Petra le ofreció vestirle una muñeca de doña Inés y, otra, de Brígida y contando, contando y repitiendo el verso de:

Doña Inés del alma mía
luz de donde el sol la toma,
hermosísima paloma
privada de libertad...

le llegó a Lupita el sueño y se quedó dormida.



12 de diciembre

Lo que se precia en tener
toda mujer mexicana:
un rebozo de bolita,
medalla guadalupana,
su mantilla a la española
y una almohadilla poblana.

Es aquella noche decía doña Chole a sus hijos:
—Anden niños, a dormirse pronto, que mañana tienen que estar listos temprano, porque es misa de obligación.

—Pero, mamacita, si no es domingo —contestó Lupita— y, además, es día de mi santo y lo que es yo no me levanto si no me cantan las Mañanitas, más que me tenga que hacer la dormida...

—Es tu santo, sí —dijo doña Chole—, pero antes que eso es el santo de la reina de los mexicanos y aprovecho la ocasión para contarles, una vez más, cómo fue que vino y se quedó con nosotros. Es una historia difícil de contar pues hay en ella tanta ternura que sólo la fe puede suplir lo que el lenguaje no alcanza a expresar...

Fue un sábado de madrugada pocos años después de la Conquista, cuando los misioneros trataban de convertir a los indios y nacía nuestra raza...

Iba el indio Juan Diego a aprender el catecismo a la ciudad, iba naciendo el día y los pajaritos cantaban; de pronto le pareció que los ángeles cantaban también y al buscarlos en el cielo oyó que lo llamaban:

—¡Juan Dieguito!—

Vio entonces a la Virgen María vestida a la usanza mexicana, que le decía:

—Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?

—Señora y niña mía —le contestó—, tengo que llegar a tu casa de México a estudiar el catecismo.

Entonces ella le dijo que era la Virgen María, que quería que allí le hicieran un templo, que fuera luego a decírselo al obispo. Juan Diego se despidió y fue en busca de fray Juan de Zumárraga, pero éste no creyó lo que el indio le decía y lo despachó prometiéndole “oírlo otra vez más despacio”.

Cuando Juan Diego regresaba a su casa, la Virgen le dio alcance en el camino y el indio le dio la respuesta del obispo, añadiendo:

—Manda mejor a algún principal con tu recado, a mí no me hacen aprecio. ¿qué no ves que soy un hombrecillo, soy cordel, soy escalerilla de tablas, soy hoja, soy gente menuda...?

La Virgen, complaciéndose en su humildad, le dijo que emisarios le sobraban; pero que quería, muy particularmente, que fuera él quien llevara el recado al obispo.

El domingo, Juan Diego fue por segunda vez a verlo y aquél le dijo que le pidiera a la Virgen una señal.

Al regresar Juan Diego de casa del prelado, la Virgen lo estaba esperando y, al oír lo que el obispo había dicho, le ordenó que regresara al día siguiente para darle la señal que le pedían.

Pero sucedió que Juan Diego no pudo regresar porque encontró a su tío Juan Bernardino, con quien vivía, gravemente enfermo y como éste le encargara en la madrugada del martes que fuera a llamar a un sacerdote para que lo ayudara a bien morir, Juan Diego pensó irse por otro camino para no encontrarse con la “señora del cielo” como él la llamaba. Pero de nada le valió, la Virgen salió a su encuentro y Juan Diego le dijo que su tío estaba enfermo, que esta vez lo dispensara porque no podía servirle.

—Niña mía —le decía—, perdóname, ténme por ahora paciencia, no te engaño, mañana vendré a toda prisa.

Pero la Virgen lo reconvino dulcemente, diciéndole:

—No te aflijas por la enfermedad de tu tío, que no morirá de ella, está seguro que ya sanó. No se turbe tu corazón, ¿no estoy yo aquí que soy tu madre?, ¿no estás bajo mi sombra y amparo?, ¿no estás en mi regazo y corres por mí cuenta?

Juan Diego, al escucharla, quedó contento porque ¡había creído!

La Virgen lo mandó entonces a la cumbre del cerro del Tepeyac a que cortara unas flores y se las trajera. Hízolo así el indio, que estaba muy

sorprendido de encontrar rosas de Castilla frescas, cuando las heladas habían acabado hasta con las hierbecillas, pues era pleno invierno; así que cortó las flores, se las entregó a la Virgen y ésta se las devolvió, echándose las en el ayate y diciéndole:

—Llévale las rosas al obispo, dile que ésa es la señal que le mando, pero a nadie más que a él se las enseñas y dile que aquí quiero mi templo, en él estaré siempre para consolar y remediar a mi pueblo mexicano...

Juan Diego, muy contento, fue a ver al obispo y una vez que le dio el recado desenvolvió el ayate, las rosas rodaron por el suelo y apareció la Virgen Nuestra Señora, por un milagro inmenso de su amor.

Los que lo vieron lloraron de alegría; después, el obispo desamarrando el ayate del cuello de Juan Diego se llevó la imagen a su oratorio y, al día siguiente, acompañado del indio fueron al Tepeyac para saber cuál era el lugar que la Virgen había escogido para que le edificaran su templo. De ahí acompañaron a Juan Diego a casa de su tío. Juan Bernardino les contó que la Virgen se le había aparecido y, después de curarlo, le había dicho que le dijera al obispo que quería que la llamaran Santa María de Guadalupe.

Para entonces ya había corrido la noticia de las apariciones y todo México estaba ansioso por conocer la imagen. El señor obispo decidió trasladarla al templo mayor; en el camino, el pueblo entero pudo admirarla y la Virgen hizo ese día sus primeros milagros. El ayate permaneció en Catedral hasta que se le hizo su capilla propia que, a través de los años, se fue modificando hasta resultar la Basílica que ustedes ya conocen.

—Mañana iremos ¿verdad, mamá? —preguntaron a coro los niños.

—No hijo, nosotros la tenemos siempre cerca para visitarla, mañana que es día 12 hay que dejarle el lugar a los de afuera, que año con año, vienen desde muy lejos a visitar a la Virgen.

Desde la víspera los indios de Xochimilco adornan las entradas con arcos de flores o de verdura. Otros cubren el suelo del templo con un tapete de semillas, desde el alba empieza la música tocando las Mañanitas, enseguida, los danzantes, en el atrio, inician sus bailes y, poco a poco, va llenándose todo de gente cargada de flores... Muchas personas se van a pie desde Peralvillo, otras desde sus casas cumpliendo mandas y, alrededor del atrio es como una feria muy grande donde se vende de todo.

—Y también habrá gorditas ¿verdad? —preguntó Lupita.

—Sí hija, sí que habrá, envueltas como siempre en papeles de china de colores chillantes. Ya los llevaré dentro de unos días cuando haya pasado la fiesta. Lo importante es que lleven su imagen grabada en el alma porque la Virgen es la madre de todos los cristianos, pero la Virgen de Guadalupe es la madre de los mexicanos, por eso, noche a noche, cuando ya el sueño cerró sus ojos, me acerco a sus camas y repito a la Virgen desde el fondo de mi corazón:

Virgen de Guadalupe,
reina de México,
salva y protege
a tus niños mexicanos.



El nacimiento

Mañana empiezan las posadas... —decía Petra a los niños.
—Sí, nana —contestó Juan—, pero hoy pondremos el nacimiento; mamá compró esta mañana las ramas de cedro, el musgo, el heno, la brea; ya tengo listo el papel de estaño para el río y ya escogí mi borreguito.

—Y ¿qué es esa historia de los borregos? —preguntó la nana.

—¿Qué ha de ser? —contestó doña Chole—, ya les he contado que mi madre acostumbraba formar un rebaño especial de borregos a los que les ponía, para distinguirlos, listones de diversos colores o el nombre de cada uno de nosotros y los colocaba muy lejos del portal y cada día de la novena los iba adelantando según nos portábamos; el que hacía alguna diablura caía a la barranca, perdido en el aprisco se lo llevaba el diablo; así que todos nos esforzábamos por ser buenos para que nuestra ovejita fuera la primera en llegar al portal el día de navidad. Yo no he querido olvidar esa costumbre ni tampoco la de las avemarías. Dicen que la Virgen concede una gracia especial al que le rece mil avemarías para navidad; se empiezan a rezar el primero de diciembre y, rezando unas cuantas cada día, logra uno reunir las mil para nochebuena; si gustan de rezarlas recuerden bien el versito que se repite con cada una:

¡Oh, siempre Virgen María,
qué aguinaldo daréis vos,
a quien mil veces os diga:
Virgen y Madre de Dios!

Y ahora, Petra, lleva a la sala los cajones de los juguetes para que los niños los vayan sacando, mientras nosotros despejamos la sala para ir poniendo el nacimiento.

Y, diciendo esto, todos se fueron a la sala; doña Chole comenzó por cubrir el fondo con un cielo formado por bambalinas que tenía pintada la estrella milagrosa, nubes y montañas.

Después, fue amontonando mesas y cajones para lograr distintos niveles; en lo más alto dispuso el lugar para el portal formando una cueva con ramas de cedro, luego, acomodó el portal que era de corteza de árbol. Después, fue cubriéndolo todo de musgo, de cortezas, formando laderas y barrancas, precipicios muy hondos y rocas áridas con cartoncillo y pedazos de manta teñidos de café, de negro y de morado. A los lados, puso también ramas de cedro formando arboledas, más allá el río y la cascada de papel plateado y el lago de espejos. Por aquí, arbolitos de palma teñidos de verde, magueyes de cartulina y nopales de barro...

Después comenzó a distribuir las figuras, regó el piso del portal de paja, puso en él a María, a la derecha y a san José, a la izquierda. Este Misterio —decía—, es de los de antes, ya mi abuela lo ponía en su nacimiento... A ver, niños, ¡con cuidado!, déme la mula y el buey para ponerlos en el portal...

Y doña Chole seguía contando y componiendo. Cerca del río puso un aguador y más arriba una lavandera restregando su ropa. En el lago echó a nadar unos patitos de cera y otros de porcelana.

Como las figuras ya venían de años atrás, las había de todas las épocas; cerca del portal puso las que tenía en más pues eran de madera, había también de cera, vestidas de género, pero la mayoría eran de barro; representaban ángeles, pastores, carboneros, leñadores, olleros, tamaleras, pordioseros, rancheritos. Unas eran de Amozoc, otras de Oaxaca, de Tlaquepaque, de Metepec; las había hasta del istmo donde las llaman tanguyú. Unos caminaban hacia el portal llevando sus ofrendas, otros cuidaban sus rebaños y parecían estar esperando al arcángel Gabriel, otros en fin, cerca de sus jacalitos, donde hubiera sido imposible cupieran, se les veía ocupados en darles de comer a sus gallinas; había también tlachiqueros ocupados con sus magueyes, tortilleras con sus tortillas y hasta una banda de músicos...

En la cueva puso doña Chole al consabido ermitaño y los niños pusieron por un lado una serpiente y, más allá, la tentación en la figura de una china poblana y un charro bailando el jarabe. Más allá Luzbel, y por el oriente los magos...

Con escarcha plateada adornó las ramas de cedro, las decoró con florecitas de cera y esferas de colores, pajaritos de barro y hasta de algodón...

Todo lo había ido acomodando a su mejor parecer sin tomar en cuenta el tamaño de las figuras, de modo que en algunos casos resultaban los borregos más grandes que los pastores y los nopales a la sombra de los árboles o junto al río..., pero todo esto le daba mayor encanto.

Después salpicó todo de heno, de copitos de algodón y con un carrizo le sopló breva caliente para que pareciera nieve.

Finalmente colgó de lado una cinta de cartón donde don Pancho había escrito con letras de oro: GLORIA IN EXCELSIS DEO

No había quedado lugar libre; doña Chole había ido poco a poco aglomerando figuras y, con todo, los niños se quejaban de que faltaba la casa de Nazareth, y Petra decía que en la casa del vecino había desde nuestro padre Adán y nuestra madre Eva “que los vían traído de Metepec...”

—Eso solamente en la iglesia se ve completo, ya los llevaré a visitar alguna, ustedes confórmense con lo que tienen, ya poco a poco iremos aumentando las figuras, el caso es conservar la costumbre.

Y mientras los niños contemplaban embelesados el nacimiento, doña Chole seguía diciendo:

—Pues sí, nuestro padre san Francisco y Juan Velita fueron los primeros en formar el nacimiento con figuras para enseñar a los que no sabían leer, que eran muchos en esa época, lo que había pasado la noche de navidad. La idea tuvo tanto éxito que pronto se extendió la costumbre por Europa y siglos más tarde España nos la trajo a México. ¿Me escucharon bien, mis niños? Lupita, ¿qué te pasa?, te noto algo callada.

—Es que rezo las avemarías, quiero que la Virgen me mande una hermana...



El aguinaldo

—**M**adre, mamita —dijo Juanito—, cuéntanos de la costumbre que hay en Veracruz por estos días de pedir aguinaldo con una rama, ¿te acuerdas? Anoche dijiste que la almohada te ayudaría a repasar los versos...

—Sí, sí, hijo, ya recuerdo. Anda a llamar a tu hermana y a Petra para que recemos el Rosario y enseguida les hablaré de la “rama veracruzana”; pero todo a su tiempo y todavía no llega el de contar...

Y una vez que rezaron, doña Chole se acomodó en su sillón, los niños en sus sillas chaparritas y Petra se sentó en el suelo; entonces doña Chole empezó a contar:

—Hay en Veracruz, durante las posadas, la costumbre de pedir aguinaldo de casa en casa acompañándose de una rama de árbol adornada según la condición de los que la llevan; los pobres se conforman con vestirla con tiras y cadenas de papel de china y unos farolillos de cartulina hechos ingeniosamente por ellos mismos; para cantar se acompañan con botes viejos de lámina que golpean con palitos para llevar la tonada al repetir las estrofas.

—Y ¿qué cantan, mamá?

—Estáte sosiega Lupita —dijo Petra—, deja hablar a tu mamá.

Y doña Chole siguió diciendo:

—Los versos que cantan se los diré más adelante, pero antes les explicaré lo que hacen con lo que reciben. Si son dulces, fruta o dinero los pobres se lo reparten entre ellos; en cambio, los de mejor posición reúnen todo lo que les van dando y con eso hacen una posada e invitan a todos los que los socorrieron. La “rama” de los pudientes va adornada de faroles japoneses y lleva figuras de barro que representan a los peregrinos, ángeles, pastores y hasta borregos; algo así como un nacimiento entre las ramas y, en vez de papel de china, lleva cinta de listón...

Para cantar se acompañan de sonajas y panderetas y, algunas veces, hasta de algún músico que lleva su guitarra. Yo vi todo eso en unas posadas que pasé allá, y me hacía tanta ilusión que, noche a noche, salía al encuen-

tro de las “ramas”; fue así como aprendí los versos que enseguida voy a cantarles, empezando por el coro que se repite siempre entre un verso y otro y, después, seguiré con los demás, que a veces son tan graciosos que les harán reír.

Naranjas y limas,
limas y limones,
más linda es la Virgen
que todas las flores.

Salgan acá fuera
verán que bonito,
verán a la “rama”
con sus farolitos.

La Virgen María
cuando Dios nació
hizo una corona
y lo coronó.

Salgan acá fuera
verán que bonito,
verán a la Virgen
con los angelitos.

Arriba del cielo
mataron conejo,
san Pedro lo supo
compró vino añejo.

Los tres Reyes Magos
vienen del Oriente,
vienen preguntando
por un inocente.

En un portalito
de cal y de arena
nació Jesucristo
en la nochebuena.

Salgan acá fuera
verán qué primor,
que a la media noche
ha nacido el sol.

A la media noche
el gallo cantó
y en el canto dijo:
ya Cristo nació.

Arriba del cielo
hicieron tamales,
san Pedro lo supo
compró cuatro reales.

Dénme mi aguinaldo
si me lo han de dar,
que la noche es larga
y tenemos que andar.

Salgan acá fuera
verán maravillas,
verán las estrellas
qué bonito brillan.

Zacatito verde
lleno de rocío,
el que no se tape
se muere de frío.

Salgan acá fuera
verán qué bonito
verán los pastores
con sus borreguitos.

Arriba del cielo
regaron cerveza,
san Pedro lo supo
y alzó la cabeza.

Vámonos muchachos
que ya son las nueve
no venga la ronda
y a todos nos lleve.

Aquí es cuando empieza lo más curioso: si les dan algo, son muy amables y dan las gracias cantando así:

Yo te doy las pascuas
no por tu dinero,
sólo por los santos
que están en el cielo.

Yo te doy las pascuas
con mucha alegría,
como la que tuvo
la Virgen María.

Ya se va la “rama”
muy agradecida
porque en esta casa
fue bien recibida.

Pero cuando los corren o les hacen perder el tiempo sin darles nada, se despiden gritando, más que cantando, estos versos u otros semejantes:

Ya se va la “rama”
con todo y panderos
porque en esta casa
son muy cicateros.

Ya se va la “rama”
muy desconsolada
porque en esta casa
no les dieron nada.

Ya se va la “rama”
vestida de alambre
porque en esta casa
están muertos de hambre.

—¿Y por qué no les dan? Tú sí les diste ¿verdad mamá? —preguntó Juan.

—¡Ay!, hijo, a veces no les dan porque son muchas las “ramas” que llegan a la puerta.

—Bueno niña —dijo Petra—, ¿y quién les enseñó los versos?

—Ellos mismos los componen y, a través de los años, se los van transmitiendo.

—Oye mamá —dijo entonces Lupita, que con tal de oír a doña Chole se había quedado muy quieta—, y ¿por qué aquí en la ciudad de México, no piden los pobres su aguinaldo cantando?

—Hija —dijo la señora—, esa costumbre existía antes. García Cubas nos la describe en su libro, sólo que con los años se ha perdido como tantas otras. Mira, dice que en sus tiempos los muchachos andaban de dos en dos por distintos barrios de la ciudad conduciendo una tabla con los peregrinos adornados con heno y acompañados de farolitos de papel o guardabrisas en las que ardían velas de sebo; los niños se detenían frente a los tendejones y otras pequeñas casas de comercio y se ponían a cantar distintas canciones con estrofas como las siguientes:

Caminen pastores, ¡caramba!
que ahí viene Miguel
con la espada en la mano, ¡caramba!
para Lucifer.

Mi mulita se perdió
y la lloro con razón
porque en ella llevaba
al niño su colación.

—¿Y, qué les daban? —preguntó Lupita.

—Les daban tlaco, hija, que era una moneda de entonces, o bien les daban dulces o piezas de fruta y hasta juguetes.

Juanito preguntó entonces a doña Chole si sólo a los niños les daban aguinaldo.

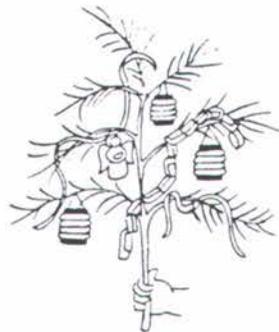
—No —dijo la señora—, a los grandes que lo solicitan también; ¿qué no han visto el papelito que mandó el barrendero? Tiene su verso y así se usaba antes, solamente que eran el sereno y el aguador los que pedían y los papeles venían grabados, ya verán, en mi almohadilla conservo uno que guardaba su abuelita, se los voy a enseñar.

—A ver, Petra, trae la almohadilla, pero con cuidado mujer, con cuidado...

Petra le dio la almohadilla a doña Chole y ésta les enseñó el grabado que tenía guardado como un tesoro y lo compararon con el que había traído el barrendero, esa misma mañana.

—Qué tiene que ver —dijo Petra al verlos juntos—, mucho más bonito el viejo, si no hay como lo de antes.

—Te equivocas Petra, te equivocas —dijo doña Chole—, cada uno tiene su valor, el mérito consiste en conservar la tradición.



Las posadas

Juanito y Lupe fueron en busca de su madre y le dijeron:

—Mamá, ya empezaron las posadas, ¿qué día vas a hacer la nuestra?

—Pues será el día 20 —dijo doña Chole—, pues hoy irán a casa de sus primos, el 18 a casa de mi comadre Altagracia y los días que no estén convidados en casas amigas irán a celebrar la posada a la iglesia.

—¿Y quién inventó las posadas? —preguntó Juanito.

—Las posadas —contestó doña Chole—, nacieron en los conventos de monjas para prepararse durante el Adviento de una manera más especial que la nochebuena; comenzaron por rezar siete días seguidos, después fueron nueve, enseguida, discurrieron hacer una procesión con los peregrinos. Esta costumbre pasó de los conventos a la iglesia, y de la iglesia a las casas. A esta devoción, puramente religiosa, pronto se le añadió su lado mundano, pues empezaron por repartir colación al terminar el rezo y, de allí, se siguió la costumbre de la piñata que se usa en España durante el carnaval, pero que a México pasó, exclusivamente, a las posadas.

La víspera del día 20 desde muy temprano Petra, la recamarera y los niños se encaminaron a los puestos de la Alameda a comprar lo necesario para la posada.

Lo que más llamó la atención de los niños cuando llegaron a los puestos fueron las hileras de piñatas. Había barcos, garzas, aviones, borregos, rebanadas de sandía, monigotes, liras... Por fin, después de mucho dudar, decidieron comprar un perico.

Enseguida escogieron la fruta para llenar la piñata; la fruta se encontraba en montones en todos los puestos: jícamas, tejocotes, caña, limas, naranjas, pero, sobre todo, cacahuates. Después, compraron colación para echar a la piñata y para llenar los juguetes que habían de dar de aguinaldo al terminarse la posada. Compraron también heno, ramas de pino y unos farolitos de papel para adornar los corredores. Al mismo tiempo compraron pitos de hojalata y barro para cuando se abrieran las puertas de la posada.

da y varias cajitas de velas de colores y papel de estaño para adornarlas y, además, varias docenas de canastitas, unas de paja y otras de papel.

Por último, decidieron comprar una olla nueva y papel de china para hacer en la casa una piñata más.

Petra despachó a la recamarera en un coche con todo lo que habían comprado y ella y los niños se quedaron a recorrer todos los puestos. Fueron contemplando embelesados las filas interminables de figuras de barro para el nacimiento: pastores, borregos, santos reyes, patitos, palomas de algodón y toda clase de chucherías; pero Petra ya no tenía dinero ni había lugar en el nacimiento para más cosas, así que regresaron a casa a preparar la posada del día siguiente.

Ese día comenzó Petra por vestir la otra piñata; para eso hizo bastante engrudo y fue embadurnando la olla con una brochita, después cortó tiras y más tiras de ondas de papel color de rosa y un sinnúmero de hojas verdes y formó una rosa enorme. Después, revolviéron la fruta, la repartieron en las dos piñatas y les echaron colación. Entonces se pusieron a adornar el corredor con ramas de pino, los faroles y el heno que colgaron de unos mecates. Cuando la casa quedó adornada llenaron las canastitas de colación y las acomodaron en unas charolas. La fruta que quedó la guardaron para la "juría", que consiste en repartirle fruta a los que no consiguieron nada al romperse la piñata.

El día de la posada, en la tarde, los niños se arreglaron para esperar a sus invitados. Mientras se reunían todos los niños, que iban llegando poco a poco con su séquito de nanas y parientes, doña Chole empezó por distribuirles las velitas de sebo y el papel de estaño para que las adornaran y así estuvieran entretenidos mientras llegaban los demás.

Cuando ya estaban todos reunidos empezó la posada con el rezo del Rosario y al finalizarlo se formó la procesión para cantar la letanía; todos los niños iban de dos en dos, cada uno con su velita prendida en la mano; a la cabeza de la procesión los niños mayorcitos, llevando en andas a los peregrinos y doña Chole llevando la voz de la letanía, repitiendo las advocaciones de tres en tres y deteniéndose mientras el resto de la procesión contestaba con su alegre y largo *jora pro nobis!*

La procesión dio varias vueltas a los corredores y fue a terminar frente a la puerta de la sala donde se pidió la posada. Entonces, de la procesión se

separó un pequeño grupo de personas mayores que se encerraron en la sala y empezaron a cantar los coros para pedir la posada y, pidiendo afuera y negando adentro, se llegó al verso de:

Dios pague señores
vuestra caridad...

Entonces, empezaron a repartir a toda carrera los pitos, de modo que, cuando todos juntos cantaron el coro de: “Entren santos peregrinos, peregrinos...”, se formó una gran algarabía de pitidos.

Enseguida acomodaron los peregrinos en el altar que se había preparado y se rezó la novena, acompañada de los cantos de: “Humildes peregrinos” y “¡Oh, peregrina agraciada!”, intercalados con nueve avemarías y así ofreciéndoles casa a los peregrinos y éstos dando las gracias y despidiéndose con la estrofa de:

Mil gracias os damos
que en esta ocasión...

se apagaron las velas y terminó ahí la devoción y empezó la diversión, pues todos corrieron al patio para romper las piñatas.

Petra se presentó con el palo de una escoba vieja que había adornado con mucha gracia con papel de china y un paliacate muy bien planchado para vendarles los ojos.

Doña Chole ordenó entonces que la piñata del perico fuera para los niños y la rosa para las niñas; así que mientras éstas se formaban de menor a mayor y doña Chole vendaba con el paliacate los ojos de la más chiquita, los demás niños cantaban a coro los versos para romper la piñata que se usan en San Luis Potosí:

No quiero fruta
no quiero plata,
yo lo que quiero
es romper la piñata.

Castaña verde,
piña madura,
dale de palos
a la olla dura.

Dale, dale, dale,
no pierdas el tino,
porque si lo pierdes,
pierdes el camino.

La primera niña perdió el camino y lo mismo les pasó a varias otras pues, a veces, la piñata estaba muy alta, a veces, muy baja y como cada quien tiene derecho de dar únicamente tres golpes, no atinaban. Por fin llegó una que por ser mayor o porque fuera más decidida o viera más, al segundo palo partió la piñata entre los gritos de júbilo de toda la concurrencia y especialmente de las niñas que se tiraron como locas por el suelo para arrebatarse la fruta. Después partieron la segunda piñata que corrió la misma suerte a manos de los niños.

Después, don Pancho se presentó con los cohetes, las luces de bengala, los buscapiés, las brujas, y los repartió a los niños que dieron cuenta en un momento del coheterío.

Terminada la diversión, los niños empezaron a pedir el resto de la fruta y los juguetes con la colación, cantando los siguientes versos:

Anda Juanito,
cabeza de araña,
anda y reparte
pedazos de caña,

Anda Lupita,
no te dilates,
con la canasta
de los cacahuates.

Anda Juanito,
sal del rincón,
con la canasta
de la colación.

Petra se presentó, con la charola, repartiendo las canastitas con la colación. Los niños las recibieron entusiasmados y celebraron el éxito de la posada, cantando:

Esta noche de posadas
que a Lupita le tocó,
trajo muchas canastitas
y todas las repartió.

Ahí terminó la posada, los niños comenzaron a despedirse y se fueron yendo con el espíritu y las manos llenas. Las personas mayores y algunos niños que quedaron pasaron al comedor a comer buñuelos y atole y a comentar los detalles chuscos de la posada.

Una de las señoras comenzó a contar cómo eran las posadas en Querétaro; decía que desde 1828 empezó la costumbre de que saliera un carro alegórico llevando a los peregrinos en busca de alojamiento, que solicitan en diferentes rumbos de la ciudad. Este carro desfila las nueve noches que duran las posadas y el día de navidad salen varios carros más: el de los reyes magos, el paraíso, la escala de Jacob, el juicio de Salomón, el festín de Baltasar, la cabaña y otros. Los versos que cantan para pedir la posada son:

De larga jornada
rendidos llegamos...

Un negrito es el que responde siempre a sus demandas. La primera vez se las niegan. Al llegar a la estación vuelven a pedirla y se les vuelve a negar. Mientras van de una posada a otra, unos niños vestidos de ángeles van cantando:

Sigamos adelante
con san José y María,
que el cielo nos envía
en busca de otro hogar.

A la tercera petición se abren las puertas de la casa y los vecinos los invitan a entrar.

Entrad, pues, oh esposos
castos e inocentes,
cultos reverentes,
venid a aceptar...

Se celebra la entrada de los peregrinos, ofreciéndoles colación y quebrando una piñata.

Con esta relación acabó la tertulia y, con ella, la posada de Juan y Lupita.



PARA PEDIR POSADA

Fuera

En nombre del cielo
yo os pido posada,
pues no puede andar
mi esposa amada.

No seas inhumano
tennos caridad,
que el Dios de los cielos
te lo premiará.

Venimos rendidos
desde Nazareth,
yo soy carpintero
de nombre José.

Posada te pide
amado casero,
por sólo una noche
la reina del cielo.

Mi esposa es María,
es reina del cielo
y madre va a ser
del Divino Verbo.

Dios pague señores
vuestra caridad,
y así os colme el cielo
de felicidad.

Dentro

Aquí no es mesón
sigan adelante,
yo no puedo abrir
no sea algún tunante.

Ya se pueden ir
y no molestar,
porque si me enfadan
los voy a apalear

No me importa el nombre
déjenme dormir,
pues que ya les digo
que no hemos de abrir.

Pues si es una reina
quien lo solicita,
¿cómo es que de noche
anda tan solita?

¿Eres tú José?
¿Tu esposa es María?
Entren peregrinos
no los conocía.

Dichosa la casa
que abriga este día
a la Virgen pura,
la hermosa María.

AL ABRIR LAS PUERTAS

Coro

Entren santos peregrinos,
reciban este rincón,
no de esta pobre morada,
sino de mi corazón.

Esta noche es de alegría,
de gusto y de regocijo,
porque hospedamos aquí
a la madre de Dios Hijo.

DESPEDIDA DE LOS PEREGRINOS DE LA POSADA

Mil gracias os damos,
que en esta ocasión
posada nos disteis
con leal corazón.

Pedimos al cielo
que esta caridad
os premie, colmándoos
de felicidad.

OTROS VERSOS PARA PEDIR POSADA

PRIMERA PETICIÓN

Fuera

De larga jornada
rendidos llegamos
y asilo imploramos
para descansar.

Pobres peregrinos
que en extraño suelo
andan sin consuelo
buscando un hogar.

Pues que ¿despiadados
sois a nuestro ruego?
A otra casa luego
vamos a llamar.

Dentro

¿Quién a nuestras puertas
en noche inclemente
se acerca imprudente
para molestar?

Aquí no hay asilo,
es la hora importuna
y en parte ninguna
se puede albergar.

SEGUNDA PETICIÓN

Fuera

Por piedad pedimos
nos deis un abrigo,
que el cielo es testigo
de nuestro penar.

Los que auxilio imploran
son dos caminantes
que vienen errantes,
sin consuelo hallar.

Sea el Señor bendito
en nuestra amargura,
y mejor ventura
se sirva mandar.

Dentro

¿Quién causa esa pena
y al peso agobiado
llega desmayado
su auxilio a implorar?

No hay aquí siquiera
un lugar vacío.
que inmenso gentío,
lo vino a ocupar.

TERCERA PETICIÓN

Fuera

Abrid vuestras puertas
a dos desgraciados
que vienen cansados
reposo a buscar.

Dos pobres esposos
san José y María,
que Dios los envía
piedad a implorar.

Dentro

¿Quién a tales horas
en la noche helada
que le den posada
viene a suplicar?

AL ABRIR LAS PUERTAS

Coro

Entrad pues ¡oh esposos
castos e inocentes!
cultos reverentes
venid a aceptar.

Y por vuestro amparo
e influjo divino
del cielo el camino
podamos andar.

Hermosa María,
paloma sagrada,
un tierno hospedaje
te dan nuestras almas.

Entra con tu esposo
y haz afortunada
a la pobre gente
que habita esta casa.

DESPEDIDA

Muy agradecidos
de aquí nos marchamos
y al cielo rogamos
premie vuestra acción.

El Señor de bondad os proteja
y de dicha os colme piadoso,
si esta noche nos disteis reposo
años mil de ventura os dará.

Y en la eterna mansión de los justos
donde reina de santos cercado
un asiento os tendrá preparado
que así premia a los buenos Jehová.

Quiera el Dios divino
que al dejar el suelo
disfrutéis del cielo
la hermosa mansión.

Labradores adiós, con mi esposa
de esta humilde posada me alejo,
mas en ella por pago yo os dejo
de la Madre de Dios, la piedad.

PARA PEDIR POSADA

(Michoacán)

Fuera

En nombre del cielo
buenos moradores,
dad a unos viajeros
posada esta noche.

Mi esposa padece,
por piedad os ruego
que por una noche
le deis el sosiego

Mirad, mis amigos,
que mi esposa amada
la reina es del cielo,
de la tierra gracia.

De Dios los vasallos
somos todos, luego
abrid y que pase
la Madre del Verbo.

Dentro

La hora de pedirla
no es muy oportuna,
marchad a otra parte
y buena ventura.

Esta casa es nuestra
no es de todo el mundo,
yo la abro a quien quiero
y abrirla no gusto.

Una reina tiene
soberbios palacios,
y allí a todas horas
le abren sus vasallos.

AL ABRIR LAS PUERTAS

Coro

Pase la escogida,
la niña dichosa,
el alma la alberga
que humilde la adora.

Quisiera en su obsequio
hacer mil festines
y el coro entonarle
de los querubines.

DESPEDIDA

El Señor de bondad os proteja
y de dicha os colme piadoso,
si esta noche nos disteis reposo
años mil de ventura os dará.

No temáis de los malos las artes
ni los riesgos tampoco del suelo,
que al que al pobre le brinda consuelo
no soporta desgracia jamás.

PASTORCITA VIRGEN

Pastorcita virgen,
gloria de Belén,
de un príncipe madre
y también de un rey.

Eres pastorcita
tan linda y tan bella
que al sol das ventaja,
a la luna y estrellas.

Corre, borreguito,
por esa ladera,
córtame una rosa
de la primavera.

Ven, cedro precioso,
ven, alto ciprés,
palma, lirio, rosa
ven, señora, ven.

Por entre estas peñas,
por entre estos cerros,
viene caminando
la reina del cielo.

Por entre estos montes
¡oh sierra elevada!,
las aves gorjean
a la madrugada.

Ven, que la lluvia
de invierno se fue;
arrulla su nido
la paloma fiel.

Una bella pastorcita
que camina por el río,
como bella corderita
va cubierta de rocío.

EL RORRO

A la rorro, niño,
a la rorro ró,
te ofrezco mi vida
y mi corazón.

Tus ojos divinos
los veo cerraditos,
pero están mirando
todos mis delitos.

A la... etcétera.

El Dios humanado
por fin ya se ve,
la madre es María,
su padre es José.

A la... etcétera.

En pobre portal
el Dios humanado
nace, y nos redime
de todo pecado.

A la... etcétera.

Naces entre pajas,
tú, por nuestro amor,
el mundo es hoy gloria,
ya no hay más dolor.

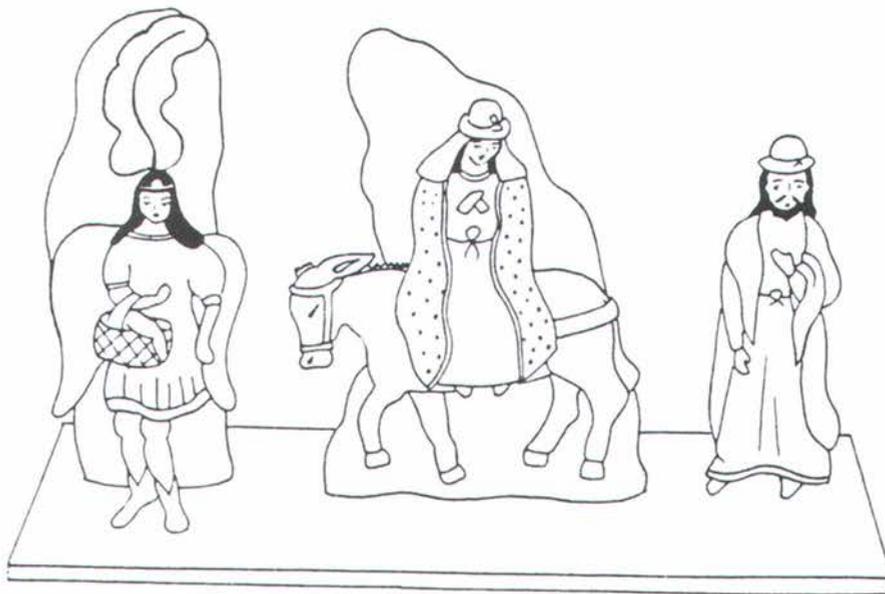
A la... etcétera.

Duérmete bien mío,
duérmete, Señor,
y de los pecados
danos gran dolor.

A la... etcétera.

Tu divina Madre
con amor te mira,
y al ver tu pasión
con dolor suspira.

A la rorro, niño,
a la rorro ró,
te ofrezco mi vida
y mi corazón.



Nochebuena

Esa noche a media noche,
cuando Dios quiso nacer,
bajó el ángel san Gabriel
en su caballito blanco
alumbrando todo el campo.
Campo chiquito de san Joaquinito,
campo mediano de san Cayetano,
campo mayor de san Salvador.

El 24 de diciembre es la última noche de posadas. Ese día, doña Chole amaneció haciendo buñuelos de estirar, pues quería tenerlos fresquitos para la merienda; así que, rodeada de toda la servidumbre y hasta de los niños, se puso a estirarlos, guiada por Nacha, una viejecita encantadora que había sido nana de don Pancho y que era una verdadera experta en la materia. Petra se encargaba de freírlos ayudada de los toreadores...

A las nueve de la noche, cantaron los versos de los buñuelos:

Ésta sí que es nochebuena, nochebuena,
noche de comer buñuelos.
En mi casa no los hacen, no los hacen,
por falta de harina y huevos,

y se sentaron a merendar. Tomaron los buñuelos con atole de agua espolvoreado con cáscara de cacao tostada y molida y, a partir de las diez de la noche, no volvieron a probar bocado por respeto a la comunión que iban a recibir en la “misa de gallo”.

Mientras llegaba el tiempo de irse a la iglesia, toda la familia y algunos parientes que se les habían unido se instalaron en la sala, cerca del nacimiento, y pasaron el tiempo recitando villancicos como éstos:

El sol y la luna
esconden la cara,
de ver que María
no hallaba posada.

Le dice María:
despierta, José,
que el rey de los cielos
ya quiere nacer.

Despierta José
muy afligidito,
de ver que no tiene
ni un pañalito.

Le dice María:
no te aflijas José,
en mi pobre toca
yo lo envolveré.

Todos se encaminaron más tarde a La Profesa, que era la iglesia a donde le gustaba ir a don Pancho. Ahí había un “misterio” de bulto, de tamaño natural y, al empezar la misa, se descubrió como por encanto al niño Dios llevado en brazos por un ángel. Lupita y Juan no perdían de vista el nacimiento; después leyeron con emoción el evangelio del día. Cuando terminó la misa el cura sostuvo al niño para que la concurrencia lo besara, mientras en el coro cantaban villancicos y arrullos, como éste:

Venid pastorcillos,
dejad vuestros campos,
que a Belén un niño
del cielo ha bajado.

¿No veis esa estrella
que luce en los cielos,

y a Belén os guían
sus dulces destellos?

Dicen que su madre
es como un lucero,
como flor del campo,
como lirio bello.

Daos prisa pastores
que ya urge verlo,
dicen que es Dios niño
un niño muy bello.

¡Yo le llevo al niño
un blanco cordero!
¡...y yo, en una jaula
le llevo un jilguero!

Toda la familia regresó a casa penetrada del espíritu de navidad y con el alma llena de ternura, pues el niño Dios había nacido una vez más en sus corazones.

Los niños pusieron al niño Dios en el pesebre, cantando al tiempo de acostarlo:

A la rorro, niño,
a la rorro ró,
que viniste al mundo
sólo por mi amor.

A la rorro, niño,
a la rorro ró,
no hagas pucheritos
niño redentor.

También cantaron otros versitos, como éstos:

Palomita blanca
palomita azul,
tiéndanle la cama
al niño Jesús.

El niño de María
no tiene cuna,
su padre es carpintero,
le va a hacer una.

Santa Margarita,
carita de luna,
méceme a este niño
que tengo en la cuna.

El buey en el vaho
calentó al Señor,
la mula se espanta
con su resplandor.

Señora santa Ana,
prevén los pañales,
que el niño ha nacido
entre los cristales.

La Virgen lavaba,
san José tendía,
el niño lloraba,
san Juan lo mecía.

Después se celebró la cena en familia, con la alegría más sana del mundo; se comió pescado, guajolote, buñuelos de molde y de viento, frutas secas, colación, en fin, toda clase de gosolinas... Cuando terminaron pasaron a la sala. Ahí, junto al nacimiento, cada uno de los presentes encontró un regalo, eran los aguinaldos que el niño Dios había mandado.

Después, todos se desearon felices pascuas y don Pancho les leyó este romance:

¡Pastores, venid, venid,
veréis lo que no habéis visto,
en el portal de Belén,
el nacimiento de Cristo!

Los pastores daban saltos
y bailaban de contento,
al par que los angelitos
tocaban sus instrumentos.

Los pastores y zagalas
caminan hacia el portal,
llevando llenos de fruta
el cesto y el delantal.

Los pastores de Belén,
todos juntos van por leña
para calentar al niño
que nació en la nochebuena.

La Virgen iba a Belén
le dio el parto en el camino,
y entre la mula y el buey
nació el “cordero divino”.

A las doce de una noche
que más feliz no se vio,
nació en un Avemaría
sin romper el alba, el sol.

Un pastor, comiendo sopas
en el aire divisó

un ángel que le decía:
ya ha nacido el Redentor.

Todos le llevan al niño;
yo no tengo qué llevarle;
las alas del corazón
que le sirvan de pañales.

Todos le llevan al niño;
yo también le llevaré
una torta de manteca
y un jarro de blanca miel.

Una pandereta suena,
yo no sé por dónde va,
camina para Belén
hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,
el santo José salió,
no me despertéis al niño
que ahora poco se durmió.

Y cuando terminó, doña Chole, que no quería quedarse atrás, les contó cómo era la navidad en Oaxaca:

—Allí —dijo—, se usan las calendas; así se nombra la costumbre de llamar al vecindario recorriendo las calles con música, cohetes y faroles para festejar el santo del barrio. En navidad sacan las calendas para el niño Dios. Para eso se invita en cada iglesia a una “madrina” que es la que lleva a acostar al niño. Ella tiene que dar una limosna, costear las luces de bengala y los faroles para la calenda, que deben ser de cierto color, según la iglesia a la que pertenezca el niño.

La noche de navidad, la madrina sale de su casa con una charola donde lleva al niño Dios sobre un cojín; todos los vecinos la siguen y así se organiza la calenda que se dirige al Zócalo y, de allí, a la iglesia, de modo que

por las calles se cruzan los diferentes grupos de calendas en alegre procesión de faroles y cohetes. Un poco antes de las doce llegan a la puerta de los templos; el sacerdote sale a recibirlas, la madrina entra seguida de los vecinos y deposita al divino niño en el altar; inmediatamente después empieza la misa de gallo.

—Qué bonito ha de ser eso —comentaron todos.

—Y ahora tú, Nacha —dijo don Pancho—, ¿qué nos vas a decir?

—Pues el verso de siempre, niño:

La nochebuena se viene,
la nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.



La pastorela

—Oye mamá —dijo Juanito—, ¿qué este año no nos vas a poner una pastorela?

—No, hijo, todavía están muy chicos y, además, ya no hay tiempo; este año tendrán que conformarse con una pastorela de títeres.

—Entonces, cuéntanos, cuéntanos —dijo Lupita—, de las pastorelas de cuando eras chica.

—Hijos —contestó doña Chole—, el tema y la trama son siempre los mismos. La pastorela da principio con un conciliábulo que tiene lugar en el infierno. Al alzarse el telón se ve una escena con una vista tenebrosa y se oye una voz desde dentro que dice:

De tal suerte te ha perdido
tu soberbia sin igual,
que desterrado tú has sido
de la patria celestial.

Inmediatamente aparece Astucia en escena, buscando al diablo.

De repente se oye un trueno y aparece Luzbel, arriba de un peñasco, entre truenos y relámpagos. Astucia le dice entonces:

Del mundo vengo, señor,
y las noticias que os traigo
os llenarán de furor.
Las profecías ya se cumplen
de que viene el Redentor.

Y termina diciendo:

...Y que san José y María
ya van camino a Belén,

porque allí, junto al portal,
el niño Dios va a nacer
¡a salvar al mundo viene
y por él va a padecer!

Luzbel monta en cólera y llama al Pecado; éste se presenta en el acto, preguntando quién lo llama y Luzbel contesta: Tu príncipe y señor.

Entonces los tres deciden bajar al mundo para impedir que los pastores vayan a Belén y la escena termina cuando todos dicen: Guerra a Dios, guerra al hombre y guerra al mundo.

El siguiente acto se divide casi siempre en jornadas que tienen lugar ya en la aldea de los pastores, ya en las cercanías.

Aparecen Luzbel, Pecado y Astucia en forma de viajeros y tientan a los pastores de diferentes maneras: a Bato y Bras, con rudeza, por medio de la gula, incitándolos al robo y después al juego. A Flora, la tientan por medio de intrigas amorosas y a Bato y Gila, que son marido y mujer, con pleitos. Por último, al anochecer, estando todos reunidos, san Gabriel anuncia el nacimiento del niño Dios. Para ello, lo bajan en balancín y, desde ahí, habla a los pastores y desaparece como llegó.

Luzbel trata entonces de engendrar la duda en los corazones de los sencillos pastores, pero sus habladurías provocan la aparición de san Miguel que desenmascara a Luzbel, Astucia y Pecado.

Se entabla una discusión en la que aparecen también, san Rafael y san Gabriel y hay un duelo a espadas entre diablos y ángeles, que termina con el grito de Miguel:

¿Quién como Dios?!

Caen los tres diablos a los pies de los tres arcángeles. Éstos los precipitan al infierno y animan a los pastores a que se pongan en marcha para Belén.

Los pastores, acompañados de la música y apoyándose en sus báculos toman el camino del portal, entonando estos versos y otros semejantes:

Vamos pastores, vamos,
vamos a Belén,
a ver en ese niño
las glorias del edén.

Sí, las glorias del edén,
ese precioso niño
yo me muero por él,
sus ojitos me encantan,
su boquita también.

El padre lo acaricia,
su madre mira en él,
y los dos extasiados
contemplan aquel ser,
contemplan aquel ser...

El último acto tiene lugar en el portal de Belén. La escena se actúa en el fondo del escenario; ahí aparece san José, la Virgen, el Niño y los tres arcángeles.

Los pastores, al ir llegando, hacen su ofrecimiento diciendo cada uno un verso más o menos como éstos:

Bato: Para mi niño,
traigo el periquito
más habladorcito
que se vio jamás.

Gila: Camisitas y mantillas
te dona mi corazón
son mis dádivas sencillas,
de mi afecto es la expresión.

Bras: Niño Dios, José María,
tus ojos tiende a la aldea.

Chamorro: Niño lindo, remono,
¿con qué te podré obsequiar,
si nada te puedo dar
digno de tu excelso trono?
Perdona si éste es un yerro

el que cometo, en Belén
te voy a dejar mi perro
para que te cuide bien.

Madre del Divino Verbo
tú que nos das alegría
no te olvides de tu siervo,
míranos con compasión
y sus moradores vean
que les das tu bendición.

La Santísima Virgen les da la bendición y el acto termina cuando uno de los pastores dice:

En alegre contradanza
formaremos las parejas,
bailemos a nuestra usanza
niños, jóvenes y viejas.

Y al estar bailando y cantando los pastores estas otras estrofas cae el telón pero siguen los coros hasta terminar los villancicos:

Pastores venid,
pastores llegad,
a adorar al niño
que ha nacido ya.

Ha nacido en un portal
llenito de telarañas
entre la mula y el buey,
el redentor de las almas.

En el portal de Belén
hay estrella, sol y luna,
la Virgen y san José,
y el niño Dios en la cuna.

En el portal de Belén
hay una piedra redonda,
donde el Señor pone el pie
para subir a la gloria.

En el portal de Belén
hay un espejo cuadrado,
donde se mira el Señor
con la Virgen a su lado.

Bailad pastorcitos,
bailad en Belén,
que Dios ha nacido
para nuestro bien.

—¡Qué bonitas las pastorelas, mamacita! —dijo Juan, yo quisiera ser pastor para tener un báculo.

—¿Y cómo son los báculos? —preguntó Lupita.

—Son bastones —contestó doña Chole— adornados con listones, con campanas o con papel de china picado y cascabeles o flores. Otros pastores llevan panderos; hay quienes llevan queso, gorditas, borregos y hasta pajaritos. El año que entra, Dios mediante, les ensayaré una pastorela, una pastorela que recuerden siempre...

Escuchen:

Cuando los magos, siguiendo la estrella que los llevara al niño Dios, llegaron a Jerusalén, donde estaba Herodes, le preguntaron por el niño. Herodes, al escucharles, pensó que el niño iba a quitarle su reino y su corazón se llenó de temor y malas intenciones, por lo que dijo a los magos:

—Id e informaos cuidadosamente del niño y cuando le hubiéreis hallado, hacédmelo saber para que yo también vaya a adorarlo.



Los santos inocentes

Pero sucedió que los reyes, luego que encontraron al niño Dios, fueron avisados en sueños que no volviesen con Herodes, por lo que regresaron a su tierra por otro camino.

—¿Qué quería hacerle Herodes al niño? —preguntó Lupita.

—Herodes quería saber dónde estaba el niño para matarlo; pero un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque bien pronto va a buscar Herodes al niño para perderle.

Levantándose José, tomó al niño y a su madre y, de noche, se retiró hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes.

Para esto, Herodes dejó pasar algunos días esperando el regreso de los magos, pero viendo que no regresaban se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en todas sus cercanías, de dos años para abajo, calculando el tiempo de la aparición de la estrella que, antes, había averiguado con los magos.

En recuerdo de esos niños inocentes celebra la Iglesia la fiesta de hoy, pues fueron los primeros mártires.

—Bueno, mamá —dijo Juan—, y lo de hacer inocente a la gente, ¿quién lo inventó?

—Ay, hijo, eso sí no lo sé, sólo te puedo decir que es una costumbre muy antigua. Pero mira, ahí viene tu padre, a ver si logras engañarlo.

Llegó don Pancho y Juan le pidió prestado su reloj, dizque para oír la repetición y se escapó con él en busca de Petra.

—Nana, nana —le dijo, enseñándole el reloj— mira, ya engañé a papá; ¿qué le compraremos de regalo?

—No hay nada más propio que las charolas de hoja de lata con juguetes en miniatura, según la afición del Inocente. Vamos al estanquillo, seguramente que doña Josefita se ha de haber procurado algunas para este día.

Y Petra, Juan y Lupita, muy satisfechos de su maldad, se encaminaron al estanquillo en busca de la dichosa charola.

—¿Para quién la quieren? —preguntó doña Josefina—, ¿quién ha sido el engañado, hombre o mujer?

—Y ¿para qué quiere saber? —preguntó Juanito.

—Ay niño, qué no ves que las de mujer llevan gancho para tejer, carretes, punzón, tijeras, guajes para remendar... En cambio, las de los hombres llevan dados, pirinolas, baleros, candados, martillos...

—Nana —dijo Lupe—, si es así, yo también quiero charola.

—Y tú ¿por qué? —le preguntó Juan—, si a ti nadie te hizo tonta.

—No le contestes, Lupe —dijo Petra—, yo te regalo tu charola si es que la quieres, pero escojan pronto las que han de llevar.

Los niños escogieron cada quien una y la Josefina acomodó en las charolitas sus respectivos juguetes y después les dijo: —Y ahora a ver qué tarjetas llevan para acompañar el regalo.

Lupe escogió una que tenía pegado un ramo de flores donde estaba acurrucada una paloma y que tenía escrito un versito que decía:

Inocente palomita
que te has dejado engañar
sabiendo que en este día
nada se debe prestar.

La de Juanito tenía también paloma, pero llevaba una rosa y un listón celeste en el pico y el versito era diferente, pues decía:

Herodes, cruel e inclemente,
nos dice desde su fosa
que considera inocente
al que presta alguna cosa.

Cuando los niños se sintieron cansados de perder las miniaturas y volverlas a encontrar, Petra les dijo:

—¿Cómo no van con su mamá a ver qué les cuenta?...

—¿Qué les cuente algo? —preguntó doña Chole al oírlos—, ¡pero, si ya les dije el origen de la fiesta!... Sin embargo tienen razón, hay muchas leyendas que tratan de lo que aconteció a la sagrada familia en el camino

para Egipto. Mi madre solía contarme una del niño Dimas que, después, fue el buen ladrón; había también otra de una araña y otra más de una palmera; pero no, ahora me acuerdo de un ejemplo que, a modo de romance, trae el cancionero *Salmantino*, se los voy a contar. Se llama “El Labrador o la huida a Egipto”.

La Virgen camina a Egipto
huyendo del rey Herodes,
en el camino han pasado
grandes fríos y calores.
Y al niño lo llevan
con grande cuidado
porque el rey Herodes
quiere degollarlo.
La Virgen y san José
fueron a pasar el río,
en un canasto de flores
llevan al niño metido.
—Hijo mío —dice—,
si el rey te cogiera
y te degollara,
que lástima fuera.
En un barranco se sientan
a descansar allí un rato,
llevan al niño metido
en un canasto de esparto.
.....
Pasaron para adelante
y a un labrador que allí vieron
le ha preguntado la Virgen:
—Labrador ¿qué estás haciendo?
El labrador dice:
—Aquí tiro piedras.
—Pues si piedras tiras,
cantos se te vuelvan.

Fue tanta la multitud
que el Señor echó de piedra,
que parecía un peñón
de una grandísima peña.
El labrador dice:
—Por ser mal hablado
éste es el castigo
que Dios me ha enviado.
Pasaron más adelante
y a otro labrador que vieron
le ha preguntado la Virgen:
—Labrador ¿qué estás haciendo?
El labrador dice:
—Señora, sembrando
un poco de trigo
pa' de aquí a otro año.
—Pues ven mañana a segarlo
sin ninguna detención
qu' este milagro lo ha hecho
el Divino Redentor.
Y si por nosotros
vienen preguntando
tú responderás
qu' estás sembrando.
Llenito de confusión
se fue el labrador a su casa
a contarle a su mujer
todo aquello que le pasa.
Buscan los peones
y al otro día fueron
a segar el trigo
que ya estaba seco.
Estando segando el trigo
pasaron tres a caballo
por una mujer y un viejo

y un niño van preguntando.
El labrador dice:
—Cierto es que los vi
sembrando este trigo
pasar por aquí.
—¿Qué señas lleva esa gente?
—La mujer es muy bonita,
el niño parece sol,
el hombre parece
un poco más viejo,
que la lleva a ella
diez años lo menos.
Se miran unos a otros
dos mil reniegos echaban,
en ver que no se les logra
el intento que llevaban,
el intento era
el llevarlos presos
donde estaba Herodes
que estaba soberbio.
Ciento cincuenta mil niños
manda degollar Herodes
por ver si entre ellos caía
el Redentor de los hombres.

Ay ¡qué villanía!
¡Qué crueldad!
¡Las calles en sangre bañadas están!

—Oye mamá —dijo Lupe cuando doña Chole acabó de contar— y ¿qué más pasó?

—¿Qué había de pasar niña —le contestó Petra—, que hubo velorio y enterraron a todos los niños a un tiempo, verdad señora?

—Sí, sí, eso es —contestó doña Chole— y, ahora, a dormir que ya es tarde.

Y mientras los niños se dormían, Petra les decía:

—¿Se imaginan el regocijo en Belén al día siguiente de la matanza de los Inocentes? Pues lo que es, si allí entierran a los niños como en mi pueblo ya estuvo que los padrinos tuvieron que echar la casa por la ventana.

—Dinos, nana, dinos —suplicó Juanito— ¿cómo entierran a los niños en tu pueblo?

—Pos verán, como el difuntito es un niño y su alma se va derecho al cielo, hay motivo de regocijo y no de tristeza; así que los padrinos costean el velorio que consiste en pasar la noche en fiesta con comilona, música y cuetes.

A la criatura la visten de angelito, o como el santo de su nombre, la acomodan en su caja y la cubren de flores, a veces, hasta la retratan. Al día siguiente, para conducirla al camposanto, ponen la cajita sobre una mesa a la cual atan debajo de la cubierta dos largueros con espigas saledizas para conducirla en andas.

Estas camillas se adornan con arcos de carrizo cubiertos de flores, de los que cuelgan algunas veces candelillas de papel de china y banderitas de oro volador.

El cortejo atraviesa el pueblo y se dirige al camposanto acompañado de la música de viento. De modo que nada más vayan pensando cuánto músico y cuánta flor se ocuparía en Belén y qué mitote habría en el pueblo... Eso, si los entierros de los niños son como en mi tierra...

—Y ¿qué les cantan, nana, qué les cantan?

—Les cantan versitos muy sentidos, más o menos como éste:

Adiós, mi padre y mi madre,
y todos mis hermanitos.
Yo buena voy pa'la gloria
a ver a los angelitos...



6 de enero

Los tres Reyes santos
al portal llegaron,
rindieron coronas
y se arrodillaron.

—¿Qué dices, madre? —preguntó Lupita—, ¿qué, de veras ya vienen los magos?, ¿qué, tú los oíste?

Y sin esperar a que doña Chole le contestara se puso a llamar: —Juan, Juan, ¡que vienen los magos!...

—No, hijos, no, llegarán hasta mañana como todos los años, como lo hacen siempre desde que fueron a ver al niño Dios al portal de Belén guiados por la estrella milagrosa. Se llamaban Melchor, Gaspar y Baltasar y la historia cuenta que uno era blanco, otro amarillo y el otro negro y que llegaron uno a caballo, el otro montado en un camello y el tercero en un elefante...

—Y la estrella, mamá, ¿era una estrella encantada? —preguntó Juan.

—No hijo, la estrella había sido anunciada muchos años antes, por eso los magos hacía mucho tiempo que esperaban que apareciera y, al verla, dijeron entre sí:

—Éste es el signo del gran rey; vayamos, busquémosle y ofrezcámosle un presente, oro, incienso y mirra.

Y así lo hicieron. Le llevaron incienso porque era Dios, oro porque era rey y mirra porque era hombre.

—Pero a nosotros no nos traen nada de eso —interrumpió Lupita.

—No —contestó doña Chole—, a los niños les llevan juguetes, golosinas y ¡que sé yo cuantas cosas más! El caso es que todo aquel niño que deja la vispera su zapato en la ventana, lo encuentra lleno al día siguiente.

Y ¡hay que ver las sorpresas! A los que se portan bien les dejan regalos, pero a los malos, ¡ay!, a los malos les llenan los zapatos de carbón.

—Nosotros hemos sido buenos, ¿verdad mamá? Dí, ¿hemos sido buenos?... —suplicó Juanito.

—Sí, sí que han sido buenos los dos; pero mañana acuérdense de darle ustedes al niño, en vez de oro, amor; en vez de incienso, ofrézcanle sus oraciones y, en lugar de mirra, pequeños sacrificios para que Él les dé tres virtudes: caridad para el prójimo, piedad y espíritu de mortificación.

Y ahora, a dejarme sola, que voy a preparar masa para hacer las roscas.

Se fue la tarde y llegó la noche. Los niños, llenos de emoción, pusieron sus zapatitos en la ventana y se durmieron soñando, soñando con los santos reyes, mientras Petra cantaba:

Los tres reyes magos
vinieron de Oriente,
comiendo tortillas y
pelando los dientes.

Al día siguiente los niños se levantaron locos de gusto porque, al despertarse, encontraron sus zapatos llenos.

—Mira mamá, mira —decía Juanito—, ¡qué bonitos los juguetes que nos trajeron los reyes!

—Sí —dijo doña Chole—, pero ahora a darse prisa para que alcancemos la misa de ocho.

—Y ¿por qué a misa? —preguntó Lupe.

—Porque el día de reyes es de obligación, es la Epifanía del Señor que significa “manifestación”, quiere decir que en este día Dios revela a los gentiles a su hijo, vaya, quiero decirles que el niño Jesús, que hasta entonces sólo se había mostrado a los pobres pastores, quiso manifestarse también a los reyes para que todos supieran que había venido al mundo para salvar a todos, ricos y pobres.

Y, más tarde, la familia entera fue a la iglesia; de regreso dijo Juan:

—Madre, vamos al nacimiento, quiero acercar a los reyes al portal para que pasen el día junto al niño Jesús, ¿no ves que anoche todavía no habían llegado?

—Sí, sí —dijo doña Chole con entusiasmo—, llama a tu hermana y a Petra para que todos nos pongamos a cantar.

Cuando todos estuvieron reunidos, doña Chole entonó los versos:

Ya los magos han llegado
con sus dones al portal,
sí, con sus dones al portal.
Vamos, vamos, pastorcillos
aquel acto a presenciar.

Al brillar tan pura estrella
hoy los magos se apresuran
y caminan con premura
al fulgor de luz tan bella.

¿Dónde estás, recién nacido?
¿Dónde paras, rey del cielo?
Te buscamos con anhelo;
a besar tus pies venimos.

El incienso, oro y mirra
que los magos hoy te ofrecen
son los dones que merecen
tu grandeza y ley divina.

Todos juntos cantaron y los niños acomodaron a los magos a los pies del niño Jesús.

Después, fueron a desayunar y partieron una rosca; también se sirvió una en la cocina y volvió a partirse otra en la noche a la hora de la merienda, en una simpática reunión familiar de tíos y sobrinos. Estando en esto, preguntó Lupita:

—Papá, ¿solamente aquí se acostumbra comer rosca?

—No hija, no, la torta de reyes ya se hacía en la Edad Media; se ponía en una mesa llamada de los reyes y se partía en nombre de ellos. Se cortaban, además, dos pedazos, uno para la Virgen y otro para el niño Dios y en nombre de ellos se daban a los pobres. En otros lugares cortaban una parte para el ausente.

Se acostumbraba, también, ponerle a la rosca una haba, en recuerdo de los reyes, pues al que le toca es el rey de la velada y cada movimiento que hace es comentado por los demás, que dicen: “el rey bebe” si bebió, “el rey come” si comió. En fin, que lo molestan tanto, que el pobre rey acaba por escoger una reina para que le ayude con el peso de la corona. En otras partes el que se saca el haba tiene que regalar otra rosca. En México se usa poner un muñeco de porcelana y el que lo saca tiene que dar una fiesta.

Antiguamente, cuando a México se le llamaba Nueva España, los frailes hacían que los indios celebraran con gran regocijo esta fiesta de Epifanía. Ese día, para instruirlos, representaban el auto de los reyes y, más tarde, los mismos indios llevaban al nacimiento que se había instalado en la iglesia cera, incienso, codornices y otras aves para hacer ellos, también, su ofrecimiento.

Años más tarde se hacía en este día la “rifa de compadres” que consistía en echar en un sombrero, escritos en papeles de diferente color, los nombres de las damas y caballeros que asistían a partir la rosca y se iban sacando dos papelitos al mismo tiempo para formar parejas; aquellos cuyos nombres resultaban juntos eran “compadres”, se daban un abrazo y un regalo el día que daba la fiesta quien había sacado el niño al partir la rosca.

—Pues ya estuvo que Lupe dio la fiesta —dijo Juanito—, porque ella se sacó dos niños, y que la dé pronto, que la dé para la Candelaria que es el día en que levantan el niño Dios en las iglesias.

—Sí, sí —dijo Petra—, déjenos hacer la fiesta ese día, ¿qué no ve usted que es un día muy bonito? Bendicen las candelas, bendicen las semillas, se siembran los chayotes, y se juntan los pajaritos.

—Ya veremos, ya veremos —contestó don Pancho—. Debían pensar mejor en ir a Yucatán para el año que entra. Allí tiene lugar la feria de Tizimín que se celebra en honor de los santos reyes.

Se habló de Yucatán y de sus otras fiestas como la del Cristo de las Ampollas, la feria de Halachó en honor de Santiago, en julio, y la de Izamal, en diciembre.

Cuando la tertulia terminó y los parientes se marcharon, doña Chole llamó a los niños para quitar el nacimiento.

—Ya sé que les da pena —dijo—, pero no hay más remedio; vamos quitándolo con la misma alegría con que lo pusimos...

Todos juntos quitaron el nacimiento y guardaron todo en su lugar para el año venidero —como decía doña Chole—: “Si Dios nos presta vida”.

Una vez que terminaron, los niños fueron a dormir y en el camino Juanito preguntó:

—Bueno, nana, y en la cocina, ¿a quién le tocó el muñeco?

—¿A quién había de ser? Pues al jardinero, que fue el que se sirvió el pedazo más grandote, y lo peor es que ése ni fiesta da; pero eso sí, lo hicimos recitar la letrilla para partir la rosca.

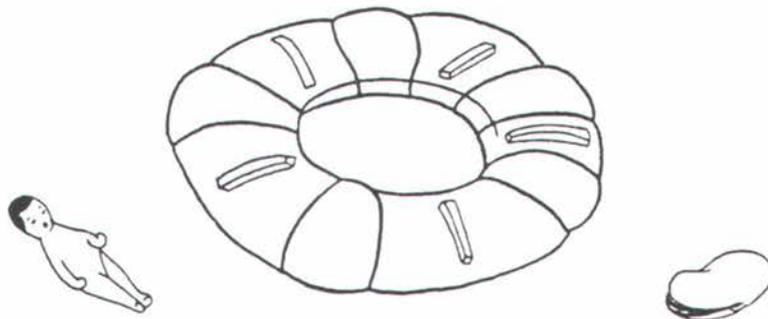
—Y ¿cómo es? —preguntó Lupita—, ¿se parece a lo que canta mamá?

—Quita niña, quita, ni por asomo; se las voy a decir ya que estén acostados, pero con la condición de que se les olvide...

Y Petra recitó cuando los niños estuvieron en su cama:

Todos gozosos formen corrillo
placer sencillo para gustar,
la rosca buena ya está dispuesta
y ya la fiesta puede empezar.
Guarda en su seno haba amarilla;
quien la acuchilla debe pagar
las consecuencias de tal acierto
y obsequio cierto debe costear...

Cuando la nana terminó, ya los niños se habían dormido abrazados de sus juguetes, con el gozo que da la Epifanía cuando se cree en los reyes magos.



Carnaval

—**A**nda mamá, déjanos ir al Carnaval —suplicó Juanito.
—Pero ¿qué Carnaval ha de haber? Eso será en Mazatlán, en Huejotzingo o en Mérida, lo que es aquí, en la ciudad de México, desde los años de 1850 en que se acostumbraba celebrarlo con el desfile de carruajes y enmascarados que salían al paseo de Bucareli y el baile de disfraces que tenía lugar en el Teatro Nacional, ha ido decayendo por completo. Años más tarde quisieron revivirlo haciendo un combate de flores y desfile de carros alegóricos por el Paseo de la Reforma, pero lo único que se logró fue un desorden espantoso; hoy día, la diversión se reduce a las máscaras de cartón y a los cascarones de huevo de agua florida o de “agasajo”, que es papel cortado muy menudito de diversos colores y perfumado, a lo menos así los hacían antes, pero vayan ustedes a saber si todavía quedan personas curiosas que los quieran hacer; si eso les interesa, que los lleve Petra a la calle a ver qué encuentran.

Y los niños se fueron con la nana y tuvieron que andar mucho, casi hasta el mercado para dar con una mujer que vendía máscaras y encontrar un estanquillo donde hubiera huevos.

—¿Qué tienen dentro? —preguntó Lupita.

—Pues de todo, de todo —contestó la vendedora—, los hay de harina, de confeti, de tiza, de salvado, de agua florida... al quebrarlos verán lo que contienen, en la sorpresa está la diversión.

—Yo quiero un perfumado —dijo Lupita.

—Y yo también —añadió Juanito—, para llevárselo a mamá.

—Que sean tres para cada uno —dijo Petra—, acomódelos usted en un cucurucho para que no se les vayan a quebrar.

Una vez que pagaron emprendieron el regreso a su casa y en el camino Juan le estrelló un cascarón a Lupita en la cabeza; el agua se le escurrió entre los tirabuzones y le manchó el vestido.

Doña Chole, al ver el triste estado en que regresó su hija, no quiso ni ver el resto de los cascarones; antes se puso a reprenderlos; a lo que Petra le dijo:

—Pero, niña, no se incomode, qué no se ha fijado en las máscaras tan chulas que compramos; ya verá cómo los voy a entretener.

Anden niños, vamos a jugar a “moros y cristianos”, como bailaban mis hermanos en el atrio de la iglesia de mi pueblo...

—Sí —dijo doña Chole—, a jugar, pero antes escúchenme unos instantes: Recuerden que son cristianos, que hoy terminan las diversiones porque mañana es miércoles de Ceniza y con ella entra la Cuaresma; antiguamente quemaban en este día las palmas del domingo de Ramos del año anterior y llevaban las cenizas a la parroquia para que se las pusieran el día de mañana.

Eso hacían ya los primeros indios convertidos la víspera de Ceniza; las palmas nuevas las bendicen el domingo de Ramos, que, como ustedes saben, es una conmemoración de la entrada triunfal de Jesucristo a Jerusalén, cuando los judíos salieron a encontrarlo al camino con ramos de oliva y palmas y cantando: “Bendito el que viene en el nombre del Señor: ¡Hossana en las alturas!”

Las palmas significan la victoria que Jesucristo alcanzó sobre la muerte y los ramos de oliva su misericordia con el mundo. La bendición de los ramos se hace antes de la procesión y ésta antes de la misa; anteriormente se hacía fuera de la iglesia y, el entrar a ella significaba, la entrada de Jesucristo con sus escogidos al cielo después del juicio final.

Las palmas y ramos benditos sirven para defender nuestros campos y casas y personas de accidentes, y especialmente para ahuyentar a los demonios.

—Bueno, mamá —dijo Juanito—, eso será tocante a la iglesia, pero dínos algo de las diversiones de esos días.

—Pues verán —dijo doña Chole—, los indios chamulas celebran el Carnaval de una manera muy original.

La fiesta dura tres días, comienzan por elegir a un indio al que nombran alferez, éste a su vez, escoge a tres más. Uno hace de sacerdote, otro representa a Cortés y, el tercero, a la Malinche; a este último, lo apartan del resto de los demás durante tres días y le dan brebajes para que actúe como

mujer, ya que entre ellos, las mujeres no pueden tomar parte en esas actuaciones pues encarnarían al demonio. Finalmente, escogen a un cuarto personaje, al que disfrazan de tigre y el primer día lo conducen al atrio de la iglesia, hacen que se arrodille ante distintos grupos de cruces y lo azotan hasta que aparenta morir dolorosamente; entonces, llenos de júbilo lo llevan en hombros festejando el triunfo del hombre sobre la bestia. El segundo día, prenden fuego a montones de paja y los danzantes bailan sobre ella hasta apagarla, quemándose los pies. El pueblo goza viéndolos y, más todavía el tercer día en que sueltan un toro bruto entre el pueblo al que, después de muchos esfuerzos, logran acorralar; entonces, lo amarran y matándolo se reparten la carne. Después de esto todos se dedican a comer y beber chicha.

—¡Qué crueles! —decían los niños—. Se parecen a Herodes.

—No piensen más en ellos —comentó doña Chole un poco arrepentida de su relato—, será mejor que les hable de Huejotzingo, Puebla, ahí, en el Carnaval, se desarrolla la leyenda del caballeroso bandido Agustín Lorenzo que se rapta una doncella. Los danzantes se visten de zuavos y otros de indios, luchando entre sí, en una danza de gran colorido. Algún día los llevaré para que se diviertan.



El altar del viernes de Dolores

El viernes de la Samaritana doña Chole llamó a la nana: —¡Petra!
—Voy, niña, voy...

—Anda, ve a comprar trigo, alegría, cebada y chíá, que hoy es viernes de la Samaritana y tenemos que hacer las siembras para el altar de Dolores. Cuando regreses, ponme en la azotehuela la loza que me trajeron de Oaxaca, unos ladrillos, cazuelas y los cantaritos de barro poroso. Luego que esté todo prevenido me avisas y llamas a los niños porque es bueno que vayan aprendiendo las costumbres de sus mayores.

Y Petra fue y compró todo lo que la señora le dijo y cuando todo estuvo listo, doña Chole, ayudada por sus hijos, echó la semilla de trigo en cazuelas y platones, los cantaritos de barro los roció con alegría y los ángeles de loza oaxaqueña los salpicó de chíá; también sembró lenteja y maíz. Después, guardó las siembras en la alacena para que no les pegara la luz del sol y así crecieran amarillentas.

Día a día las regaba y las vieron nacer y estirar, hasta el viernes de Dolores, que las sacaron y las sujetaron con cintas de papel de china amarillo y morado.

El viernes de Dolores los niños insistieron con doña Chole para que los dejara ir a Santa Anita, al paseo de La Viga, a comprar canoas de cera, pero doña Chole tuvo que explicarles que ya el canal no existía y que de la fiesta no quedaba más que la vulgaridad; ya las canoas no se hacían y, de unos años a esta parte, habían inventado coronar ese día a la flor más bella del ejido. Pero eso no era para niños.

En eso se presentó Petra a avisarle a doña Chole que ya la pieza estaba barrida y que su compadre, el de Xochimilco, ya había traído una canasta llena de amapolas.

—Está bueno —dijo doña Chole—, vamos ya a poner el altar.

Ayudados de mesas y cajones forrados de papel de china blanco, armaron el altar y doña Chole cubrió la mesa con uno de sus mejores manteles.

Hasta arriba colocaron a la Dolorosa y, enseguida, comenzaron a distribuir los candeleros que llevaban enormes velas de cera donde la víspera doña Chole había enclavado las banderitas de oro volador que los niños habían hecho con popotes. Después, pusieron las naranjas agrias clavadas con banderas de papel plateado, enseguida colocó doña Chole floreros cargados de amapolas, distribuyó las siembras y puso en el altar las esferas de papelillo y las aguas de colores que, para sorpresa de Petra, hizo con anilina y no al modo antiguo en que se hacían con alumbre, palo de Campeche, flor de Jamaica y otras cosas más. También fueron llevando las macetas de malvones y claveles que estaban en el corredor y las pusieron cerca del altar; finalmente, a los pies de éste figuraron un tapete de salvado sobre un dibujo de papel de china y, con pétalos de flores, fueron siguiendo las letras del anagrama de Nuestra Señora. Por último, doña Chole prendió las velas y puso unas lamparitas de aceite cerca de las naranjas para que brillaran más el oro y la plata. Doña Chole se puso entonces a mandar recados, recordando a sus parientes y a sus amigos más cercanos que los esperaba en la noche para la velada. Luego fue a la cocina a disponer las sillas para las aguas frescas de horchata, tamarindo, chía, limón y piña.

Cuando acabaron de llegar los invitados y éstos terminaron de admirar el altar, se rezó el Rosario y se cantó una estrofa que doña Chole había aprendido en el colegio y que decía así:

¡Oh madre Dolorosa
cuyo dolor intenso
es como el mar inmenso,
enséñame a sufrir!
Junto a la cruz de Cristo
quiero vivir unida
porque si está conmigo
no temo padecer.
Tu fortaleza ¡oh madre!
y lucharé animosa
¡oh, madre Dolorosa
enséñame a sufrir!

Después de esto empezó una amena plática en la cual los asistentes estuvieron recordando viernes de Dolores anteriores. Uno de los invitados contó que en Guadalajara al altar de Dolores lo llamaban Incendio y que regaban todo el piso del cuarto donde estaba el altar con agua de cierta clase de pino, de modo que cuando la gente pisaba ese tapete despedía un olor muy agradable; también dijo que a los lados del altar colgaban jaulas con pajaritos, especialmente torcacitas y que esto ayudaba al ambiente.

Ahí la gente que pone altar abre las puertas de su casa de par en par, así que los transeúntes, al darse cuenta de que hay un altar de Dolores, preguntan: —Qué, ¿ha llorado la Virgen?

Entonces se les invita a pasar y se les da agua fresca que se supone son las lágrimas de la Dolorosa...

La conversación se prolongó hasta ya entrada la noche; durante todo ese tiempo Petra y las demás sirvientas se dedicaron a ofrecer en plateadas charolas los vasos con las distintas aguas frescas que doña Chole había mandado preparar. Y así acabó, una vez más, el viernes de Dolores en una de las pocas casas en que, todavía, se conserva la tradición.



Semana santa

—Nana —dijo Juanito—, llévanos a comprar una matraca.
—No, niño, las matracas salen hasta el jueves santo, en que se asilencian las campanas y hoy apenas estamos a martes.

—No importa —dijo Lupita—, anda, vamos a pedirle permiso a mamá. Y doña Chole les dijo:

—Tiene razón su nana, mejor espérense hasta el jueves, para que compren de una vez también el Judas.

El jueves santo es un día muy grande, es el único alegre de semana santa, pues en ese día se celebra el recuerdo de la institución del sacramento de la Eucaristía, fue el día en que Nuestro Señor nos dio la prueba más grande de su amor, quedándose para siempre con nosotros. Ese día los barrereros y los carreros de la basura empiezan a pedir su matraca con versitos escritos en papel de china.

Antiguamente se instalaban en las esquinas los puestos de chía, adornados con ramas de sauce; en arena mojada, adornada con flores, asentaban unas ollas enormes de barro colorado llenas de aguas frescas de limón, piña, tamarindo, chía y horchata. Las chiéras las servían en jicaras.

A las tres de la tarde tenía lugar una famosa procesión que salía de la Santísima; más noche se hacían las visitas a las siete casas. Después tenía lugar la ceremonia del lavatorio de pies, recordando la lección más grande de humildad que Cristo dio a la tierra al lavar los pies de sus discípulos antes de la última cena.

—El viernes santo ¿qué hacían? —inquirió Juanito.

—El viernes santo —siguió diciendo doña Chole— toda la gente se vestía de negro y había que ver la maravilla de mantillas que sacaban algunas señoras. A las tres de la tarde salía la procesión del santo entierro de Santo Domingo. En La Profesa se decía el sermón de las siete palabras y a las siete se daba el pésame a la Virgen. En San Ángel, hasta la fecha, hacen una procesión llamada del Silencio en el atrio del Carmen, que es impresionante por su recogimiento. La gente del pueblo gustaba de ir a Ixtapalapa donde todavía, hasta hoy, representan la ceremonia de la crucifixión.

Pero estas representaciones son sin duda más respetuosas y conmovedoras en los pequeños pueblos de Amecameca y Tzintzuntzán, donde se escucha el tañido de los tambores y la triste tonada de las chirimías acompañando las procesiones. En Sonora, recitan una oración alusiva a ese día, que dice:

Viernes Santo al medio día,
Jesucristo caminaba
con una cruz en los hombros
y una cadena arrastrando.
Las tres Marías lo acompañaban,
una era María Marta,
la otra María Magdalena
y la otra la Virgen pura
quien todo el dolor llevaba.
Quién rezare esta oración
todos los viernes del año
sacará un alma de pena
y la suya de pecado.

—¡Ay, que triste! —comentó Lupita.

—Y el Judas se quema el sábado de Gloria, ¿verdad mamá?

—Sí hija, pero el sábado de Gloria la fiesta empieza en Catedral; primero se bendice el fuego y el cirio pascual, también, el agua y la fuente bautismal y al rezar las letanías de los santos entonan los *kiries* en el coro y resuena la campana mayor tocando el *Gloria in excelsis*; y luego, las campanas de todos los templos se sueltan repicando también. En ese momento truenan los “judas”; hace muchos años en grandes carros adornados entraba en la ciudad el pulque.

Los judas son muñecos que representan a Judas que, como ustedes saben, fue el apóstol que vendió a Nuestro Señor por treinta monedas y arrepentido, más tarde se ahorcó. Muchos de esos muñecos tienen figura de algún personaje popular. En la ciudad de México, los judas se pueden ver especialmente en las calles de Tacuba y las principales pulquerías y panaderías de los alrededores.

Anteriormente los panaderos ponían a sus judas bolsas de pan y al estallar el coheterío los panes volaban y los mirones trataban de alcanzarlos; lo mismo sucedía en las casas de comercio, ahí compraban los judas desnudos, les ponían traje, bastón y sombrero, a veces, hasta reloj y dinero en los bolsillos, de modo que al tronar el judas ya se imaginarán ustedes la arrebatina. Su origen parece haber sido un simple juego de muchachos que queriendo imitar a la Inquisición, que quemaba en efigie a los reos que andaban huidos o muertos, trataron a su vez de fingir Autos de Fe quemando también muñecos, dizque por herejes; después, discurrieron retratar y quemar a Judas Iscariote en el que querían personificar a los judaizantes.

El pueblo simpatizó con la idea y con el tiempo las personas mayores hicieron judas más grandes; recordando que Judas se había ahorcado, los colgaban de un mecate y en vez de echarlos a la hoguera, como hacían antes los muchachos, les ponían racimos de cohetes para que se quemaran, imaginando, así, castigar la traición del apóstol.

Más tarde vino la costumbre de quemar muñecos representando a Judas en figuras de diablos, revolucionarios, charros y hasta muertes.

Y, ahora, vayan a buscar a Petra para que les enseñe el verso de Judas.

Los niños, sin tardanza, fueron en busca de su nana y ésta les recitó los versos del judero:

Éste es el Judas traidor
que vendió a Nuestro Señor
tiene las alas de infierno
y huele a purito cuerno.

Es este Judas traidor
figura mal parecida
con cara muy colorada
y conciencia pervertida.

Miren al Judas traidor
en castigo a sus pecados
lo han hecho tronador
esos muchachos malcriados.

Y dice el Judas traidor
¡Qué triste es mi desventura,
pues hoy en esta mañana
van a quemar mi figura!

Dejen todos las matracas,
que la gloria al fin se abrió
y el Judas ya reventó
en medio de la alharaca.

El judero ya se va
volverá hasta el año que entra
a vender judas y judas
para acabar su cuenta.

Cuando terminó les habló de los huevos de Pascua, y como no supo darles mayor explicación, los niños regresaron en busca de su madre, que les dijo.

—En México, los huevos, más bien dicho los cascarones, no se usaban más que para el Carnaval. La costumbre de regalar huevos en Pascua, nació en la Iglesia. La austeridad de la Cuaresma fue el origen de esta tradición, pues estaba prohibido comer huevos durante ese tiempo.

La gente hacía acopio de ellos y en la Pascua los regalaba, después de llevarlos a bendecir a la iglesia.

De la idea de regalar huevos de gallina, se pasó a la de hacerlos de dulce; esa costumbre vino junto con el árbol de navidad, del extranjero y como las dos costumbres son bonitas han ido creciendo de año en año, sobre todo en la ciudad de México. Ya hasta dicen que hay una víbora que se come los huevos que la liebre deja a los niños que se portan mal.

—¿Qué víbora mamá, ¡a víbora del mar?

—De la mar o del amar, ni sé, Juanito, de todos modos no es más que una conseja.

Hay sólo un lugar en la república, que yo sepa, donde celebran la Pascua de una manera original y propia nuestra, es en Taxco, un pueblecito platero enterrado en las montañas del estado de Guerrero. Este pueblo descubierta recientemente por los turistas había sabido conservar su espíritu y

su tradición colonial. Hace años pasé con tu padre ahí un domingo de Pascua. Después de la última misa se congregó en la catedral de Santa Prisca todo el pueblo, enseguida cerraron las puertas del atrio y advertimos de un lado del interior del templo, cercado de una valla de carrizo, un sepulcro muy alto hecho ingeniosamente con una armazón de madera cubierta de manta blanca y adornada con flores de papel.

Cuidaban la entrada unos indios vestidos de soldados romanos que haciéndose los dormidos recargaban sus pesadas cabezas, cubiertas con cascos de hoja de lata, en unas lanzas ensangrentadas. De repente el sepulcro se abrió y al tiempo que salieron unas niñas vestidas de angelitos con ingenuas alas de hoja de lata, fue apareciendo, como por arte de magia, una figura de tamaño natural de Cristo victorioso, llevando una cruz ligera de donde pendía un estandarte rojo que tenía escrito en letras de oro: “¡Aleluya!” Los que hacían de soldados romanos fingieron asustarse mucho al ver a Cristo; los angelitos y un grupo de indios alegremente vestidos de judíos cayeron de rodillas en señal de respeto, cercando el sepulcro y el resto de los fieles se arrodillaron también. Pasado este momento de emoción alguien anunció “¡Cristo ha resucitado!” A esta señal una banda de música formada por indios vestidos de raso y sombreros de plumas, que tocaban tambores, flautas de carrizo y chirimías entonaron una melodía triste y amarga al par que alegre. Los judíos cargaron en andas con el Cristo triunfante y empezó una procesión que por tres veces dio la vuelta, precedida de los soldados y acompañada por los fieles que llevaban unos báculos de madera adornados de guajes pintados de colores y de flecos y flores de papel de china. Finalmente, colocaron al Cristo a un lado del altar mayor y se dio por terminada la ceremonia.

—Mamá —interrumpió Juanito— y ¿dónde compran sus báculos?

—Los báculos, hijo, se los dan en la iglesia a cambio de una limosna, a un chamaco a quien yo le hice la misma pregunta me contestó: “Asegún es la limosna es el tamaño del bule”. Más tarde supe que el resto de báculos que sobran en la iglesia los compran los carniceros para regalárselos a sus parroquianos.

—Entonces también es fiesta de las cocineras —dijo Juanito.

—Pues, en cierto modo sí, porque los carniceros acostumbran regalar a sus marchantes además de los báculos, unas como banderillas de madera

cubiertas, cada una, de tres capas picadas, a modo de red, de papel de china de distintos colores, que más que banderillas parecen sombrillas a medio abrir. Regalan también banderitas de papel picado que entusiasman tanto a los niños que no hay uno que no quiera acompañar ese día a su madre al mercado. Y es simpático ver por las calles, a las mujeres con su canasta del mandado, alegremente adornada y llevando de la mano a un escuintle que, a su vez, jugueteando ya con un báculo, ya con una bandera....

—Mamá —dijo Juanito tristemente—, ¿cómo no me lo contaste antes?, hubiéramos ido a Taxco... —y animándose, preguntó—: Y de comida, mamá ¿qué hacen?

—En Taxco, hijo, no creo que hagan nada especial ese día. En Puebla, en cambio, acostumbran repartirles a los pobres, en Pascua, unos dulces de almendra, como panochitas, que hacían expresamente para ese día y que llamaban aleluyas; algunas llevaban grabadas un corderito, otras flores, te diré como el niño, “asegún el molde”.

—Y ¿todavía hacen aleluyas las monjas de Santa Clara, mamá?

—Eso no sé, pero si quieres te las haré para el año que entra, pues ahí tengo guardada la receta.

—¿Y de flores, mamá? Tú siempre dices que México es el país de las flores, ¿cuál es la flor de Pascua?

—De flores, Juanito, las amapolas. Se estrenan por decirlo así, el viernes de Dolores y se deshojan la semana de Pascua.

—¿Cómo que se desbaratan? A ver, veme diciendo.

—Verás, el jueves de Pascua, es llamado de las amapolas pues se celebra en San Ángel, un pueblo cerca de la ciudad de México, una fiesta muy típica y mejor que contártela te voy a llevar.

El jueves Juanito se despertó de madrugada, tarde se le hacía para irse a San Ángel; doña Chole mandó sacar su rebozo más antiguo y los tres se encaminaron al pueblo vecino.

Cuando llegaron a las puertas del atrio muchas mujeres se les amontonaron para venderles ceras y manojos de amapolas que llevaban en grandes canastas. Doña Chole compró dos ramitos y se adentró a la iglesia, pues apenas llegaron a la misa de 12, que era mayor. A la hora de la elevación cayó desde el coro una lluvia interminable de pétalos de amapola. Juanito de pronto se asustó pero después le gustó tanto la idea que empezó a reunir

en su sombrerito los pétalos de las flores. Terminada la misa, empezó la procesión; a la cabeza salieron un grupo de niños vestidos de acólitos, enseguida el señor cura bajo el palio llevando al Santísimo. Un grupo de niños, vestidos de inditos, le arrojaban flores de amapolas a su paso y otra lluvia también de amapolas caía desde las almenas por el exterior de la iglesia. Esa lluvia siguió acompañando al Santísimo desde las bardas del atrio donde se hallaban subidos montones de muchachos cargados de hojas de amapolas. En las cuatro esquinas del atrio se encuentran todavía restos de las posas del siglo XVI, pues el convento del Carmen donde esta ceremonia tenía lugar data de esa época. Cada posa estaba adornada por un arco distinto de flores y es que habían sido arregladas por los jardineros de los tres pueblos que dependían de San Ángel. Juanito y Lupita seguían la procesión con el mismo respeto que los demás fieles llevando en la mano su cera y entonando alabanzas que trataba de acompañar una música de viento que tocaba un pasodoble.

El señor cura se fue deteniendo con el Santísimo en cada posa; la primera era la de Tlacopac y estaba dedicada a la virgen de la Soledad; el arco de flores que le servía de frontal era todo amarillo y morado entonando con los vestidos de la Virgen. Una vez que se rezó ahí la estación, se encaminaron a la segunda posa que era la de Tetelpa, dedicada a san Juan. De ahí, pasaron a la tercera que era la del pueblo de San Jerónimo. Ésa fue la que más le gustó a Juanito pues en ella estaba un niño Jesús encantador, vestidito con su túnica blanca y llevando en una mano una regadera y en la otra un rastrillo. Toda la posa estaba adornada de color de rosa, dos macetones de rosas de papel completaban el cuadro y hasta el niño hortelano parecía sonreír.

Cuando pasaron a la última posa, que era la de San Ángel, adornada por los jardineros de ahí mismo en honor de la virgen del Carmen, el camino era una alfombra de flores. De ahí pasó la procesión a la iglesia en medio de otra lluvia de pétalos de amapolas y terminó la función con la bendición del Santísimo y una descarga de cohetes.

Juanito estaba cansado; un vendedor los retuvo ofreciéndoles su mercancía diciéndoles: “Para las señoritas estos relicarios de la virgen del Rayo, pídale tres gracias, mire que les dará un trabajo sin buscarlo, una limosna sin pedirla, una buena amistad sin conocerla”. Doña Chole ni aprecio

le hizo, cogió a Juanito y a Lupita muy fuerte de la mano para que no se le fueran a perder entre tanta bola y emprendieron el regreso a su casa.

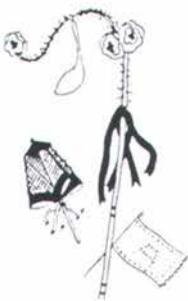
Era tanta la gente que regresaba a sus hogares después de la fiesta que como escasearon los coches, doña Chole y sus hijos regresaron en un tranvía. El niño aprovechó la ocasión para preguntarle a su madre el porqué de la fiesta y ella se la explicó diciéndole:

—La fiesta hijo, es un recuerdo de la aparición de Nuestro Señor a la Magdalena, en forma de hortelano, como nos lo explica el evangelio de hoy. La primera vez que se celebró en San Ángel fue recién fundada por los carmelitas la ermita de Santa Ana. Los frailes habían estado tratando de convertir a los indios y fue un jueves de Pascua cuando hicieron la fiesta con los españoles. Te hablo de tiempos muy antiguos, cuando México hacía poco había sido conquistada y nacía nuestra raza. Al salir la procesión los indios apenas convertidos, como no conocían esa ceremonia huyeron llenos de miedo. Los frailes los vieron alejarse y se sintieron desconsolados pero, de pronto, tuvieron una grata sorpresa; afuera, desde atrás de la barda del atrio, los indios empezaron a arrojar puños de flores. En aquel entonces hasta ahí llegaba la laguna y en sus bordes crecían las amapolas que fueron las flores que los indios arrojaron. Desde entonces se le llamó al jueves de Pascua, jueves de las amapolas; más tarde, se encomendó el arreglo de las posas a los indios jardineros de San Ángel y de los pueblos vecinos y, año con año, se ha seguido celebrando. Cada quien pone un poco de su parte; los frailes su buena voluntad; los jardineros, su empeño en decorar las posas y las señoras, el gusto de lucir sus rebozos.

—Mamá —dijo Juanito—, como quisiera que el jueves de las amapolas se celebrara en todas las parroquias de México y que hasta en las calles se vendieran aleluyas.

—Si serás goloso Juanito —comentó doña Chole—, más que en el dulce debías de pensar en conservar todo lo nuestro.

Y con este comentario, doña Chole terminó su relato.



Jueves de *Corpus*

Tres jueves hay en el año
que causan admiración:
jueves santo, jueves de *Corpus*
y jueves de la ascensión.

El jueves de *Corpus* decía Petra a Lupita:

—Anda niña, déjate hacer las trenzas, ¿no ves que Juanito ya está listo?

—Sí, verdad —dijo Lupita—, pero es que él va muy contento con el huacal de juguetes y a mí nada más me dieron una batea con flores... Así, ni chiste tiene.

—¿Cómo no? Si todo tiene gracia; sobre todo vas a darle gracias a Dios que a ustedes los visten de inditos, piensa cuántos niños habrá que ni a ropa limpia llegan y que llegando a los puestos na' más andan de mirones por falta de centavos.

Lupita, muy convencida, se dejó peinar en un santiamén, su nana le puso enseguida su camisa bordada, su chincuete ajustado con un cinto de lana y en la cabeza un dechado de punto de cruz que doña Chole había hecho cuando niña.

En eso llegó Juanito a quien doña Chole había vestido de mantana blanca a la usanza de los indios, con sombrero de petate, huaraches y un huacalito en la espalda, donde traía desde cucharas de palo, cedazos, jarritos, escobetas, petatitos de tule, hasta uno que otro aventador. Petra, que se veía en el niño, había quedado como embobada y sólo cuando se dio cuenta de que ya era hora de irse, echó a correr por su rebozo, se alisó el pelo con su peineta y tomando a los niños de la mano salió a esperar el tranvía que los llevaría a la Catedral.

Cuando llegaron al Zócalo, los niños ya no querían ni entrar a Catedral pues se les iban los ojos viendo lo mucho que había que comprar. Petra echó a andar y poniendo a los niños por delante, a empujones los metió entre la aglomeración de gente. Después de la misa mayor tuvo lugar la

procesión encabezada por los ciriales y la Cruz de Plata. Los niños, en gran cantidad, y todos vestidos con trajes regionales, seguían al Santísimo y arrojaban flores a su paso. Había niños vestidos de ángeles, de chinas poblanas, de tehuanas, pero la mayor parte eran inditos.

La procesión recorrió toda la nave deteniéndose en algunas capillas, acompañada con los acordes del órgano...

Petra no podía ni rezar, todo se le iba en ver y revisar a los demás niños para ver si iban mejor vestidos que Juan y Lupita.

Cuando la función terminó, Petra sacó a los niños casi en peso, dando de empujones a todo aquel que le estorbaba el paso.

La verdadera diversión para los niños empezó entonces, pues tanto el atrio poblado de danzantes indígenas como las aceras, cubiertas de puestos, llamaban su atención.

La nana con muchos trabajos desamarró el nudo de su paliacate y comenzó a pagar aquí y allá los antojos de los niños, que ora querían peras de San Juan, ora dulces de almendra pintados de colores imitando frutas; o platos de comida hechos de azúcar donde se encontraban las clásicas enchiladas con rábanos y lechuga, el famoso mole y el pozole con todo y cabeza. Pero, en ninguna parte encontraron tarascas, dragones de cartón pintado, de cerda y sobre ruedas de madera.

Después, compró cada quien su huacalito y enseguida las mulitas. Juanito quiso una muy grandota hecha de hojas de plátano, que llevaba en los huacales capulines y chabacanos verdes y estaba adornada con un sembradío de claveles. Lupita compró una chiquita hecha con hojas secas de maíz y adornada con flores de chícharo.

Las había, también, de tule verde, de barro, traídas de Toluca, con los huacales reventando de capulines; había otras de cartón y otras de loza, tan bien hehecitas, que llevaban los huacales cargados de frutas de cera..., otras, llevaban panochitas de azúcar de colores.

Más allá estaban los puestos de dulces: alfajor de coco de Colima, ates de Morelia, cajetas de Celaya... Había toda clase de juguetes, muñecas de trapo, caballitos y sonajas de cartón pintados de agua cola, barro de olor de Jalisco, cerámica de Oaxaca, baulitos y jicaras de Olinalá y quién sabe cuántas otras cosas. Pero, más que nada, mulas y más mulas, grandes y chiquitas que hacían la felicidad de todos.

—¡Suéltame, nana —dijo en eso Lupita—, que ya me dolió la mano!
Pero Petra la agarró más fuerte, por el miedo de perderla. Lupita empezó a “jeremiquiar” y la nana resolvió regresar a casa.

Los niños no querían irse sin ver a los danzantes que bailaban y cantaban en el atrio acompañándose con una guitarra, hecha con la concha de un al...adillo, sin embargo, la nana los subió al primer tranvía que pasó y se acomodaron con todo el sinnúmero de cosas que habían comprado.

Petra y los niños llegaron bien asoleados, pero contentos; Petra no hacía otra cosa que pensar en lo que había que añadir al huacal de Juanito para el año venidero.

Doña Chole salió a recibirlos y al tiempo que los desvestía se puso a contarles cómo era antes, en México, la fiesta de *Corpus*, cómo la procesión recorría las calles acompañada de la guarnición y de las órdenes religiosas con sus estandartes y sus farolas adornadas de almendras de cristal. Y las horribles figuras de cartón representando al enemigo malo, llamadas tarascas. Y cómo la gente adornaba sus casas para el paso de Nuestro Amo y las monjas arrojaban flores desde la azotea de los conventos... Ya doña Chole, bien a bien, ni se acordaba, ella repetía lo que su madre a su vez le había contado. Juanito la interrumpió, preguntándole el origen de la fiesta y doña Chole dijo: —La costumbre nació en un convento de Lieja y de ahí se difundió por todo el mundo; se instituyó para honrar en una forma jubilosa a Cristo en el sacramento de la Eucaristía. La tradición de las mulitas es puramente mexicana y su origen se ha perdido con el tiempo... Sin embargo, unos dicen que las mulas son un remedo del “alarde”, o sea, el desfile militar que hacían los conquistadores el día de *Corpus* para demostrar al virrey que estaban listos para suprimir cualquiera insurrección y que, como parodia de esos jinetes, hicieron las mulitas. Otros, quizás con más razón, aseguran que las mulas de juguete parodiaban a las mulas que cargadas de variados productos traían los indios a la iglesia para venderlos y que, quizá, en recuerdo de ellos los niños se visten de inditos.

Otros dicen que por esos días, precisamente, coincidía la llegada de las mulas que venían de Acapulco cargadas de todo lo que había traído la Nao de China y que, en remedo de ella, se hicieron las de otate.

Lo que sí les puedo asegurar es que este día es la fiesta tradicional en Papantla, Veracruz; es cuando se ve la danza de hombres que se llaman los

Pájaros Voladores, y se venden las figuras de ejotes de vainilla para perfumar la ropa.

Un día iremos, ahora descansen y encomiéndense a Dios; los niños, obedientemente, rezaron:

Cuatro angelitos tengo en mi cama,
dos a los pies y dos a los lados.
La Virgen a mi costado que me dice:
—Juanito duerme y reposa,
No tengas miedo a ninguna cosa.
Santa Mónica bendita, madre de san Agustín
bendíceme esta camita, que ya me voy a dormir.



La cruz de mayo

— ¡A y niña! —dijo Petra, corriendo en busca de doña Chole—
¿ya oyó usted qué de balazos andan echando? ¡Hasta parece
la revolución!

—Que balazos ni qué nada, son los cuetes que están echando los albañiles, para celebrar la fiesta de la Santa Cruz, ¿qué, no ves que hoy es 3 de mayo?

—Sí nana —interrumpió Juanito—, acuérdate que papá avisó desde anoche que no vendría hoy a almorzar porque tenía que ir a recorrer sus obras y celebrar con cada grupo de albañiles la fiesta. Me dijo también que cuando regresara nos iba a contar su origen.

—Está bueno —dijo doña Chole—, pero por lo pronto váyanse a la colonia con su nana y recorran las calles cercanas donde hay casas en construcción para que me cuenten cuál fue la cruz más adornada y la que más les gustó.

Ya en la tarde, cuando don Pancho regresó, doña Chole, Petra y los niños se sentaron cerca de él a escucharlo. El arquitecto tomó un libro y empezó por leerles lo siguiente:

Fue en el año de 1607 cuando un maestro guarnicionero y espadero llamado Pedro Siría, por su mucha devoción a la Santa Cruz pidió permiso y lo obtuvo, de poner una en la calle cercana a las Escalerillas. Se construyó una peana y sobre ella se puso una cruz dorada y se estrenó el 3 de mayo.

Todo se hizo con limosna que se reunió entre obreros del mismo gremio, al que también pertenecían los talabarteros, y como los encargados de cuidarla eran en su mayoría trabajadores de ese oficio, cuando con el tiempo formaron una cofradía y, más tarde, construyeron una capilla para la Santa Cruz, la gente la llamó la capilla de los talabarteros.

Ahí, cada año, el 3 de mayo celebraban la fiesta, adornaban la cruz y había música y cohetería; más tarde, la capilla fue destruida, pero la fiesta ya había quedado establecida.

Los aguadores se unían a ella y ese día adornaban las fuentes de la ciudad y los albañiles empezaron a poner la Santa Cruz en las construcciones.

Don Pancho cerró el libro y prosiguió el relato:

Los albañiles reúnen el dinero para la fiesta entre ellos y el director de la obra tiene que cooperar también. Entonces se encomienda el arreglo de la cruz a algún experto que la adorna con papel de china picado, flores y ramas; enseguida los albañiles se encaminan con la cruz a la iglesia más cercana para que se la bendigan, algunos llevan también sus herramientas a bendecir. Saliendo de la iglesia van a la obra, donde colocan la Santa Cruz en el lugar más prominente y completan el adorno con banderas tricolores, ramas y cadenas de papel de china. Los cohetes duran todo el día, las primeras descargas comienzan desde el alba. Cuando la cruz queda instalada, principia la comilona que consiste en arroz, barbacoa y tacos de mole acompañados de pulque curado y cerveza, por lo que no pocas veces la diversión termina en pleito.

Cuando don Pancho terminó, doña Chole dijo:

—Ahora, les enseñaré un versito que se acostumbra repetir en este día:

Aléjate Satanás,
que en mí poder no tendrás,
ni en mi muerte te hallarás,
que el día de la Santa Cruz
dije mil veces Jesús.

Y Petra, que hasta entonces se había quedado callada, terminó la velada diciendo:

—Ay niña, yo sabía que se decía: “Cruz, cruz, que se vaya el diablo y que venga Jesús”.



Epílogo

Doña Chole se sentó a coser junto a la ventana, esperando ver salir la luna nueva para encomendarse a la Virgen, pues desde chica tenía la costumbre de recitar este verso al tiempo que tiraba una moneda a la calle:

Virgen María de Guadalupe
por la luna que tienes a tus pies
socórreme todo este mes.

Pero sucedió que, en vez de aparecer la luna, empezó a llover y doña Chole a bordar y a hacerse ilusiones. Hubiera querido explicar a sus hijos muchas otras fiestas de las que tenía noticia, pero vivía esperando la ocasión de que pudiera participar en ellas personalmente, así soñaba con llevarlos a tantos lugares:..., verían nacer el año pasando la noche de san Silvestre en el campo. La gente de las rancherías se junta a rezar y a comer buñuelos alrededor de sus fogatas. En la madrugada encienden sus ceras y cantan el Alabado; al alba los viejos del pueblo contemplan el cielo y tratan de descifrar por la posición, color y forma de las nubes si será bueno o no para las cosechas el año que empieza.

El 17 de enero, día de san Antonio Abad, irían a Metepec o a Chimalhuacán, Chalco, a la bendición de los animales. Es una escena de lo más típica contemplar a los indios que llevan a sus animales alegremente adornados y hasta pintados para recibir la bendición del señor cura.

El 2 de febrero, fiesta de la Candelaria, irían a Jalisco, para visitar a la Virgen de San Juan de los Lagos y ver bailar a los sonajeros, o al santuario de Talpa para comprar virgencitas y muñecas hechas de chicle...

En Carnaval, podrían ir a Tepoztlán, donde bailan los chinelos sus danzas precolombinas.

El segundo viernes de Cuaresma a Metzquitlán, Hidalgo, a la feria del Señor de la Salud.

Los indígenas de Huetamo y Cuitzio veneran especialmente en semana santa al Señor del Perdón, con danzas de moros y maringuillas, siendo los personajes principales el diablo y el señor Santiago.

El 25 de abril irían a la Feria de San Marcos en Aguascalientes, para asistir a las peleas de gallos, corridas de toros, charreadas, jugar a la lotería y comer charamuscas.

El 3 de mayo cerca del Popocatepetl, en el cerro de Cempoaltépetl, se efectúa una fiesta de los curanderos. Los indígenas suben al cerro por familias llevando braseros prendidos, donde humea el copal, un chiquihuite lleno de fruta y cubierto con servilletas bordadas con figuras de perro y gallinas y un jarro nuevo. Cada familia va saludando al curandero, en medio de una música monótona, y presenta su ofrenda. Cuando termina este ceremonial, el curandero se dirige a los dioses y les hace una serie de rogativas pidiéndoles que le den acierto para velar por su pueblo, curar el tabardillo, el mal de ojo y demás enfermedades; que no les niegue el agua para que las cosechas del maíz y del frijol sean abundantes.

Después, todos se encaminan al “árbol del rayo”; ahí se efectúa otra ceremonia pidiéndole que no mate a los perros y demás animales sino que de cada rayo que caiga, haga nacer un hongo que les sirva de alimento. Del “palo del rayo” se dirigen a casa del curandero regando el camino de flores, ahí comen, bailan y dan fin a la fiesta.

El 15 de mayo, día de san Isidro Labrador, había tantos lugares donde ir... Metepec, Mexicalcingo, pero sobre Acapatzingo, Cuernavaca. Allí cantan muy temprano alabanzas al santo en el templo y, en la tarde, en el atrio, se hace una procesión que antes tenía lugar por las calles. Una yunta de bueyes precede a la imagen que va adornada con arcos y flores hechos de semillas; entonces, se canta una rogativa para alcanzar abundancia de lluvias. Lo que hace recordar el popular, pero contradictorio versito:

San Isidro Labrador
quita el agua
y pon el sol.

Después, en un lugar llamado La Cruz, se hace un relato, a modo de coloquio, llamado de san Isidro. En él se habla de los bienes que vendrán a la tierra por intercesión del santo.

El 24 de junio, día de san Juan Bautista, en la ciudad de México se celebra la fiesta en los baños públicos. Antiguamente, ese día, los niños se vestían de soldados y efectuaban “guerras y batallas” en las calles, donde se vendían cascos de cartón como los que usaron los dragones y espadas y fusiles de madera; quizá se acostumbrara esto por aquello de que en México a los soldados se les llama “Juanes”. Hoy día, para ver la fiesta típica habría que ir a algún balneario o lugar donde hubiera alguna laguna, río u ojo de agua como en Chavinda, Michoacán. Dicen ahí, que el santo baja a bendecir las aguas desde media noche; por eso en la madrugada, los hombres se dirigen a una poza que hay en el río y se bañan en ella junto con sus caballos, como dice el verso:

¡Ay!, mi caballo tordillo,
vámonos pronto a bañar,
para quedar bendecidos
en este día de san Juan.

Las mujeres también se bañan en el río, pero en un lugar diferente y, al salir del agua, se cortan las puntas del pelo para que les crezca más. Dicen que las aguas dan salud y belleza a los que se bañan en ellas esa noche. Después, todo el pueblo desayuna gorditas de trigo con atole de leche y buñuelos y les jalan las orejas a los niños para que crezcan.

En la tarde tienen lugar las carreras de caballos, con trofeos de sangre. Un jinete corre llevando en la mano una paloma, el otro corredor trata de alcanzarlo y arrebatarse el animal y en la lucha y la carrera la pobre paloma acaba descuartizada y los corredores ensangrentados. Esto se hace también con gallos, guajolotes y demás aves; el corredor más ensangrentado es el más orgulloso. Al terminar las carreras, al caer el sol, los jinetes hacen un desfile llevando antorchas y hachones encendidos y recorren el pueblo acompañados de la banda de música. El pasear las antorchas sirve para alejar del pueblo al demonio.

En Navojoa, Sonora, celebran también la Feria de San Juan, pudiéndose ver las danzas de “El coyote”, “El venado”, y la “Pazcola”.

Por estos mismos días en Tehuantepec se celebran las famosas fiestas de los barrios de Guichevere y Vishana. La noche del 24 de junio al atrio de la iglesia llega la calenda acompañada de música y antorchas a quemar toritos de petate y las famosas figuras de “José Andrés y María Andrea”. La víspera del día 24 todos van a Palo Grande, árbol frondoso situado en las orillas del pueblo, para recibir las flores que traen de Lachigüiri para el combate de flores que hacen en carretas tiradas por yuntas de bueyes. Por la noche se sigue el baile de “alfombra y pelón” al son de la marimba. Por esos días se puede ver el baile de las “Changolas” viejitas.

El 16 de julio, fiestas del Carmen en San Ángel y, después del 20, las famosas fiestas de los “Lunes del Cerro” en Oaxaca, donde se ve la representación de la Guelaguetza y la danza de la “Pluma”.

El 25 de julio en Chignahuapan, Puebla, se celebra la fiesta del señor Santiago, con jaripeos y danzas de “Segadores”, “Vaqueros”, “El Torito”, “Santigos de Garrocha” y “Negros”.

En Temoaya, Toluca, la fiesta del señor Santiago es muy popular, ya que atribuyen a la imagen un origen milagroso, llegando a venerar hasta el caballo que monta el santo, a tal grado que el que puede arranca al animal unos pelos de la cola y los guarda como preciada reliquia.

En agosto, en Uruapan, tiene lugar una fiesta en que se ve el desfile de “Guares”, mujeres en traje típico. El sábado anterior a la fiesta arrean con una cuchara de palo a un toro adornado de verduras y todos los ingredientes del platillo llamado “churipo”, que se acompaña con corundas y que se comen en la fiesta.

Después del 12 habría que ir a Juchitán a las fiestas llamadas “velas”, “Vela de agosto” con el baile típico regional; “Vela de san Jacinto” con ofrendas florales y “Vela Pineda” donde se ven las danzas de la “Zandunga”, “La Llorona” y “La Tortuga”. Las “velas” tienen lugar en distintos días.

El 8 de septiembre, en el Tepozteco se representa una batalla entre el rey del Tepozteco y los reyes de Cuernavaca, Yautepec, Tlayacapan y Oaxtepec.

El 16 de septiembre en Dolores Hidalgo, lugar donde se inició nuestra Independencia.

El 29 de septiembre, día de san Miguel Arcángel, tiene lugar una de las peregrinaciones al famoso santuario del Santo Señor de Chalma y fies-

tas titulares en muchos pueblos de la república. En San Luis Potosí, en el barrio de San Miguelito, la gente se prepara a la fiesta invitando por las noches al vecindario con cohetes y música, recogiendo la limosna. La víspera, todos se dirigen a la iglesia y el párroco sale a recibirlos, es “la entrada de las velas” para la fiesta, que consiste en llevar ceras adornadas lo mejor posible.

En Acapatzingo, Cuernavaca, la víspera de la fiesta de san Miguel, los mayordomos de la iglesia hacen unas cruces con la flor llamada pericón, que regalan a los vecinos que cooperan para la fiesta dando una limosna; éstos, a su vez, cuelgan las cruces en la puerta de sus casas pues existe la creencia de que el santo baja a bendecirlas en la noche para impedir que entre el enemigo en las moradas de sus fieles servidores.

La fiesta de san Francisco, el 4 de octubre, se anuncia por el mal tiempo, llamado comúnmente el “cordón de san Francisco”. En Chihuahua, en San Francisco de Conchos, puede verse la danza de los pastores.

El 7 de octubre se celebra la Virgen del Rosario en Chimalhuacán, Atenco. La festejan con feria que dura ocho días, sacando la imagen en procesión por las calles para alcanzar la bendición para el pueblo.

El 2 de noviembre, día de muertos, lo más importante es la velación que hacen en el cementerio de la isla de Janitzio los indios tarascos. Las mujeres cubren las tumbas con manteles blancos tejidos de gancho y sobre ellos componen la ofrenda, con pescado, con patos cocidos, calabazas, flores de cempasúchitl, sahumerios de barro donde queman copal y prenden tantas ceras que el camposanto parece estar en llamas. Los indios se turnan toda la noche para que el tañido de la campana sea incesante y, al amanecer, ellos mismos se comen la ofrenda que habían dedicado a sus muertos.

En los primeros días de diciembre tienen lugar las fiestas del Señor de la Misericordia en Compostela, Nayarit, donde se puede ver la danza de la Conquista.

El día 8, en Pátzcuaro, se celebra a la Virgen de la Salud, allí pueden verse las danzas de “Los viejitos”, “Los listones”, “Las mojjigangas” y “Moros y cristianos”.

El 12 de diciembre, hay fiestas guadalupanas en todas partes: en Villa García, Zacatecas, danzas de “Chichimecas”, “Mayas”, “La conquista” y “Toltecas”. En Monterrey puede verse la danza de los Matlanchines.

En Oaxaca, empezando con la peregrinación al santuario de Juquila, el 8 de diciembre, siguen las fiestas: el 18 de la Virgen de la Soledad y el 23 se celebra la “Noche de rábanos” en la que hacen figuras, con rábanos, de tehuanas, diablos, caballos y demás cosas, vistiéndolas con papeles de china de colores. También venden ese día figuras de animales hechas de musgo y cubiertas de flores muy pequeñas llamadas inmortales.

Para navidad puede irse a Chiapas, en donde los indios zoques acostumbran elegir un mayordomo en cuya casa construyen una choza que llaman Belén; allí preparan la cuna del niño Dios y frente a él colocan unas milpitas que siembran para esa ocasión en la creencia de que si nacen parejas, las cosechas del año siguiente serán muy abundantes; el resto del adorno se hace con guirnaldas y ramilletes de flores. Durante esos días se bailan danzas cadenciosas al son de tambores y pitos, se bebe zorro (aguardiente de caña) y se invoca a san Pascual Bailón para que salga bien la fiesta. Al terminar las posadas, el día 24, se forman en procesión y llevan al niño Dios en andas a la iglesia; el párroco sale a recibirlos antes de celebrar la misa de navidad.

Los indios huicholes de la sierra de Nayarit durante las posadas regresan de su peregrinación en busca del peyote celebrándolo, al mismo tiempo que las fiestas de navidad. Solamente en su capilla se pone nacimiento y frente a él se colocan viandas que, después, habrán de repartirse entre ellos y que, comúnmente, son iguanas y venados del monte. La fiesta se ameniza con música y cantos religiosos. Los indios coras, que habitan cerca de los huicholes tienen tradiciones muy semejantes.

En las huastecas veracruzana, potosina e hidalguense, la navidad se celebra con música de jaranas, arpas y guitarrones que tocan huapangos. En Morelos y en todo el estado de Guerrero hasta la costa, la navidad está a cargo de los niños pastorcitos de verdad que realizan las “caminatas”, alumbrándose con faroles en forma de estrellas. En Tepoztlán, especialmente, puede verse cómo bajan desde los cerros vecinos, procedentes de distintos pueblitos, grupos de niños que como luciérnagas se dirigen a la parroquia cantando. Los frailes enseñaron esos villancicos y “caminatas” a huastecos, zapotecos y aztecas. La siguiente “caminata” que procede de Sotavento, Veracruz, puede servir de muestra:

Pastores, pastores,
ha llegado ya
la grata noticia
que os sorprenderá.

Dicen que han venido
desde Nazareth
los tiernos esposos
María y José.

Quién de estos contornos
con noticia tal
se queda durmiendo
sin ir al portal.

Caminen pastores,
vamos a Belén,
a ver a la Virgen
y al niño también.

Ésta es la choza
donde está el amor
del Dios divino
nuestro redentor.

Unos con gallinas,
pavos y lechón;
otros simplemente
con el corazón.

El caso es que todos
hemos de llegar,
y un himno amoroso
hemos de entonar.

En Acapulco se organizan “caminatas” en los diferentes barrios de Petaquillas, la Quebrada, el Hueso... Cada barrio escoge sus colores para vestirse: azul y blanco, rosa y negro, verde y rojo... para distinguirse de los otros y ensayan cada cual sus coros propios. Cada “caminata” está formada por un ángel, el diablo, los tres reyes magos y un grupo de pastores, pero no cantan ya como antes por las calles sino hasta entrar a la parroquia, el 24 de diciembre. A las puertas del templo se van formando los grupos que, al entrar a la iglesia, van cantando sus distintos versos al mismo tiempo y con diferentes tonadas. Lo curioso es que el órgano también toca una música completamente diferente, de modo que los pastores golpean el suelo con sus báculos acompañándose, así, para no perder su propio compás. Al llegar al portal instalado cerca del altar mayor se detienen formando guardia durante la misa de gallo y es de verse el alegre colorido que presenta el conjunto de los diferentes grupos. ¡Cómo brilla la escarcha que adorna los sombreros de petate forrados de papel y sembrados de flores de los pastores y las alas de hoja de lata de los ángeles o los báculos cubiertos de distintos colores por los nidos superpuestos de papel de china picado que esconden diminutas campanas, cascabeles y cencerros! Terminada la misa cada grupo hace su ofrecimiento y después su despedida. Los últimos grupos vienen terminando de madrugada y regresan a sus hogares alegremente. Esta ceremonia vuelve a repetirse el día de Reyes.

Los versos que forman una “caminata” pueden dividirse en cuatro grupos: los de la marcha o entrada, los de ofrecimiento que se recitan sin música, el “Rorro” o arrullo y los de despedida. Algunos son originales de Acapulco, otros dicen que vienen de Metepec por la costa... de cualquier modo, son obra de los primeros franciscanos.

MARCHA

Pastores para el portal
a ver al recién nacido,
que está temblando de frío
sin tener ningún abrigo.

Esta noche nueva el cielo,
las estrellas en el viento
me parecen margaritas
como prado y su ornamento.

Vamos pastores, vamos a ver
al Dios humanado que quiso nacer
en pobres pajas, en campo verde,
en un pesebre junto a Belén.

Pastorcitas somos, del cerro bajamos
a comer los frutos de los verdes ramos.
Voy para Belén, siguiendo una luz
a ver a la Virgen y al niño Jesús.

MARCHA DE LOS REYES

Hermosa y fulgente ya brilla la estrella,
ya vienen tras ella los reyes de Oriente,
ya vienen de lejos, de allá del Oriente
ya bajan del monte, ya van a llegar,
tres magos que vienen de allá,
presurosos y ansiosos al Niño adorar.
Lujosos criados ya llegan con ellos,
enormes camellos les siguen detrás,
y en unos caballos muy bien adornados
van ellos montados marchando al compás.
Encima a un pesebre la estrella se para,
aumenta su clara y simbólica luz,
preciosos regalos, muy ricos presentes
darán diligentes al niño de Belén,
presentes que eligen entre sus tesoros
de mirra y de oro y de incienso también.

OFRECIMIENTO
DE UNO DE LOS PASTORES

En las hermosas montañas
y entre verdes ocotitos
allá tengo mi cabaña
y también mis borreguitos.

De allá vengo niño lindo
a darte los buenos días,
a saludar a tu padre
y a la santa de María.

Yo te vengo a regalar
este par de borreguitos,
para que juegues con ellos
cuando ya estés grandecito.

ARRULLOS

A la rorro niño lindo,
a la rorro mi Señor,
duérmete niño en mis brazos,
dueño de mi corazón.

Para que no llore el niño
vámosle pronto a cantar,
que lo arrulle la madrina
para que no lo oigan llorar.

Para que se bañe el niño
pongamos agua de azahar,
un poquito calientita
que no se vaya a quemar.

Si los ángeles volando
pasan de estrella en estrella,
una criatura tan bella
no han de poder encontrar.

DESPEDIDA

Adiós niño hermoso,
adiós niño querido,
niño milagroso
de ti yo ya me despido.

De los pueblos y ciudades
todos se van retirando,
tú nos vas acompañando
y nos libras de los males.

Adiós lindo frailecito,
hasta el año venidero.
Ésta sí es noche de gloria
porque ya nació el lucero.

La luz de un relámpago sacó a doña Chole de sus ensueños, la hizo santiguarse y repetir:

Santa Bárbara doncella,
que en el cielo fuiste estrella;
líbranos del rayo
y también de la centella.

Repostería

Figuras de alfeñique

Azúcar pulverizada de 2 a 2 1/2 kilos
Limón, 1
Chautle* (tzauhtli), 1 cuartillo
Claras de huevo, 1/4 de litro
Colores vegetales: amarillo, rosa y azul.

MANERA DE HACERSE: El chautle se lava y se rebana con un cuchillo muy filoso porque es muy duro; las rebanadas se secan, muelen y ciernen para que quede una harina tan fina como el azúcar pulverizado.

A las claras se les pone el chautle necesario para que levanten, después, se les añade el azúcar, una gotas de limón y la masa que resulte se divide en cuatro partes: una se deja blanca, y, las otras, se tiñen cada una de diferente color.

Las masas se tapan con hojas de lechuga, de chilacayotes, calabazas, alcatraz o con un lienzo húmedo para que no se sequen y hay que trabajarlas luego. Con la masa de color se hacen los cuerpos de los animales, y con la blanca lo demás. La masa se palotea delgada y se extiende por encima del molde y ahí se deja secar para que tome la forma. Los moldes son de barro de Metepec o de madera y hay que tener bastantes para hacerlos por tandas. Una vez que el vaciado está seco se desprende solito del molde, entonces se van uniendo los medios cuerpos con clara de huevo revuelta con azúcar y un puñito de chautle (poquito). Después, con la masa blanca y con la mano se van formando el hocico, cuernos, orejas, colas y patas. Los ojos se pintan con color vegetal negro o se les entierra una pepita de amorquelite. Si se quiere que los cuerpos vayan rayados, se amasan con un palote rayado al extender la masa. Si se quieren chinos se hace un betún con clara, azúcar y limón y se les van poniendo gotitas con un clavo o punzón. Se adornan con motas de papel de china y oro y plata voladores.

* El chautle es un corno o bulbo de la orquideácea terrestre una *Bletia*. Crece por Tenango del Valle y se vende en el Mercado Juárez de Toluca, en agosto.

Rosca de reyes

Harina, 750 gramos
Mantequilla, 250 gramos
Levadura, 40 gramos
Azúcar, 150 gramos
Huevos, 7
Leche, 1 taza
Agua de azahar, 4 cucharadas
2 muñecos de porcelana
Frutas cubiertas, 250 gramos
Acitrón, higos y naranja.

MANERA DE HACERSE: En tres cucharadas de agua tibia disuélvanse 40 gramos de levadura agregándole 2 cucharadas de la misma harina cernida. Déjese reposar 15 minutos en lugar tibio, entre tanto, se cierne la harina restante y se van añadiendo, poco a poco, los huevos enteros, el azúcar, la leche, el agua de azahar y, por último, la mantequilla en trozos muy pequeños. Se bate bien la masa y enseguida se le incorpora la levadura; se sigue batiendo hasta que despegue. En una cazuela engrasada con mantequilla se vacía la masa dejándola reposar en un lugar tibio hasta que aumente el doble de volumen, entonces, se amasa suavemente en la tabla, se divide en dos partes y, cada una, se enrolla a lo largo, luego, se les ponen los muñecos y se forman dos roscas. colóquense en una lata engrasada. Después, se barniza con huevo batido, se cortan con tijeras como pellizcándolas, cinco veces. Por encima de cada cortada se pone azúcar y, entre cada una, se adorna con rebanadas de las frutas cubiertas. Déjense reposar una hora en un lugar tibio a que levanten. Méntanse las roscas al horno caliente de 400 grados por espacio de 15 minutos, bajando el calor a 300 grados, 10 minutos más. Salen con esta receta, 2 roscas como de 30 centímetros de diámetro.

Pan de muerto

Harina, 350 gramos
Mantequilla, 100 gramos
Manteca, 50 gramos
Azúcar, 75 gramos
Levadura, 30 gramos
Huevos, 6
Infusión de anís, 4 cucharaditas
Sal, 1 pizca
Azúcar granulada gruesa, 200 gramos.

MANERA DE HACERSE: Para cada 10 gramos de levadura comprimida se ponen 50 gramos de harina de la misma que se va a usar para la receta y 3 cucharadas de agua tibia. Esto se pone a fermentar 15 minutos en un lugar tibio.

Se cierne la harina con el azúcar y la sal, se añade la mantequilla y la manteca en trocitos muy pequeños, después, las yemas de los 6 huevos. Cuando esté todo mezclado, se le agrega únicamente las claras que necesite la masa para que quede suave, luego se golpea, sin amasar, hasta que forme vejigas y se deja reposar en una cazuela engrasada cubriéndola con un trapo húmedo durante una hora en lugar tibio, ya que se haya incorporado la levadura.

Cuando aumente al doble de volumen se divide en cinco partes. Se hacen cuatro bolas y éstas se dejan reposar en latas engrasadas y en lugar tibio durante una hora. Con la quinta parte de masa, que se apartó, se forman los adornos de “huesos y lágrimas”. Cuando el pan haya esponjado al doble se adorna con las figuras, se barniza con huevo batido y se espolvorea con azúcar granulada gruesa. Se meten al horno de 500 grados; después de diez minutos se baja el calor a 350 grados. De esta receta salen cuatro panes de muerto medianos u ocho del tamaño de un bizcocho.

Buñuelos de estirada

Agua, 1 litro
Cáscaras transparentes de tomate, 7
Azúcar, 1 cucharada
Tequesquite, 1 piedra del tamaño de un tejocote
Manteca, 1 cucharada copeteada más 1 kilo para freír
Sal, 1 cucharadita
Harina, 1 kilo
Huevos, 2.

MANERA DE HACERSE: Se pone a hervir el agua con sal, azúcar, tequesquite y cáscaras de tomate. Ya que haya hervido se cuele y se pone a enfriar. Aparte, sobre una mesa o tabla se hace un círculo con la harina, se ponen en el centro los huevos y se amasa bien con la mano, después añadir poco a poco el agua, no toda, sino conforme lo necesite, se amasa mucho hasta que quede muy suave y haga ojos, entonces, se le pone la manteca y se amasa y golpea para que tenga la masa mucha correa y esté muy suavcita.

Se hace una bola, se unta con manteca derretida para que no críe costra y se pone a reposar en una cazuela tapada con un lienzo húmedo, durante tres o cuatro horas. Estos buñuelos tienen que hacerse el mismo día que se preparó la masa, si no, se fermenta. Para hacerlos de un día para otro se les pone en vez de 1 litro de agua, mitad de agua de tequesquite y mitad cerveza. Para hacer los buñuelos se recomienda sentarse en sillas bajitas y poner el anafre en el suelo, ya que la mejor lumbre es la de carbón y deberá ser muy suave, si no se arrebatan; si la lumbre está muy fuerte se disminuye espolvoreándola con ceniza. La manteca ha de estar requemada suficiente para que los buñuelos floten en ella. Una sola persona debe ser la encargada de freírlos, para esto se ayudará de 2 palitos muy puntiagudos como de una cuarta y otro de 25 centímetros de largo, llamados toreadores, que facilitan el volteo y sirven para picar las vejigas para que no alcen y, sobre todo, para escurrirlas. Las personas que estiren los buñuelos se untarán las

manos de manteca constantemente, formando primero las bolas tanteando el tamaño de cada buñuelo, torteándolos un poco y estirándolos con los dedos para extender el centro.

Después, se extienden sobre una servilleta, ya sea en la rodilla de un cristiano o en el asiento de una olla puesta boca abajo. Los que salen enteros se mojan de panocha espesa y se llaman “soberbios”, los que se despedazan se mojan con miel de piloncillo y se llaman “humildes”. Algunas veces los espolvorean de azúcar, grajeas o miel de azúcar anisada.

Buñuelos de molde

2 huevos batidos con 1 cuchara de agua

1 tazade leche mezclada con 2 cucharadas de aceite y una cucharadita de vainilla.

1 taza de harina cernida con 1 cucharadita de sal y 1 de royal

A la leche se le añaden los huevos y el harina poco a poco, bien revuelto todo se deja reposar una media hora. Se calientan en sartén 1 taza de aceite y el molde con su mango, se escurre en un papel, se mete en el atolito que se prepara cuidando que el atole no rebase el molde para que pueda soltarse, y se mete al aceite a freír a que dore sin quemarse, se suelta solito. Se saca con un pica hielo y se escurre sobre papel. Se espolvorean de azúcar pulverizada. Los moldes de hojalata se consiguen en el mercado de la Merced.

Aleluyas de Santa Clara

1 litro de leche hervida con una pizca de carbonato
250 gramos de almendra dulce pelada y picada
460 gramos de azúcar.

La leche hervida se muele con la almendra, se le añade el azúcar, y todo bien mezclado se pone a hervir moviéndola hasta que despegue del cazo. Se retira del fuego, se bate y vierte en una batea de madera. Se forman 24 bolitas que se van colocando sobre una tabla húmeda con un molde de madera de limón, calado con algún dibujo, se van grabando las panochas, con la presión, se extienden como de 5 cm. También se pueden grabar con un vaso de vidrio que tenga al fondo una estrella. Se levantan de la mesa y se dejan orear sobre de una servilleta o sobre rueditas de obleas.

El nombre de “aleluyas del Señor” proviene de que en el Convento de Santa Clara de Puebla, se regalaban estas panochas a los pobres, los Domingos de Resurrección.

Punche

El punche se hace de maíz azul molido, agua de azahar y leche. Cuando ya está a punto se vacía en moldes y se deja enfriar. Debe quedar como flan o jericalla, de un color azul, casi heliotropo claro.

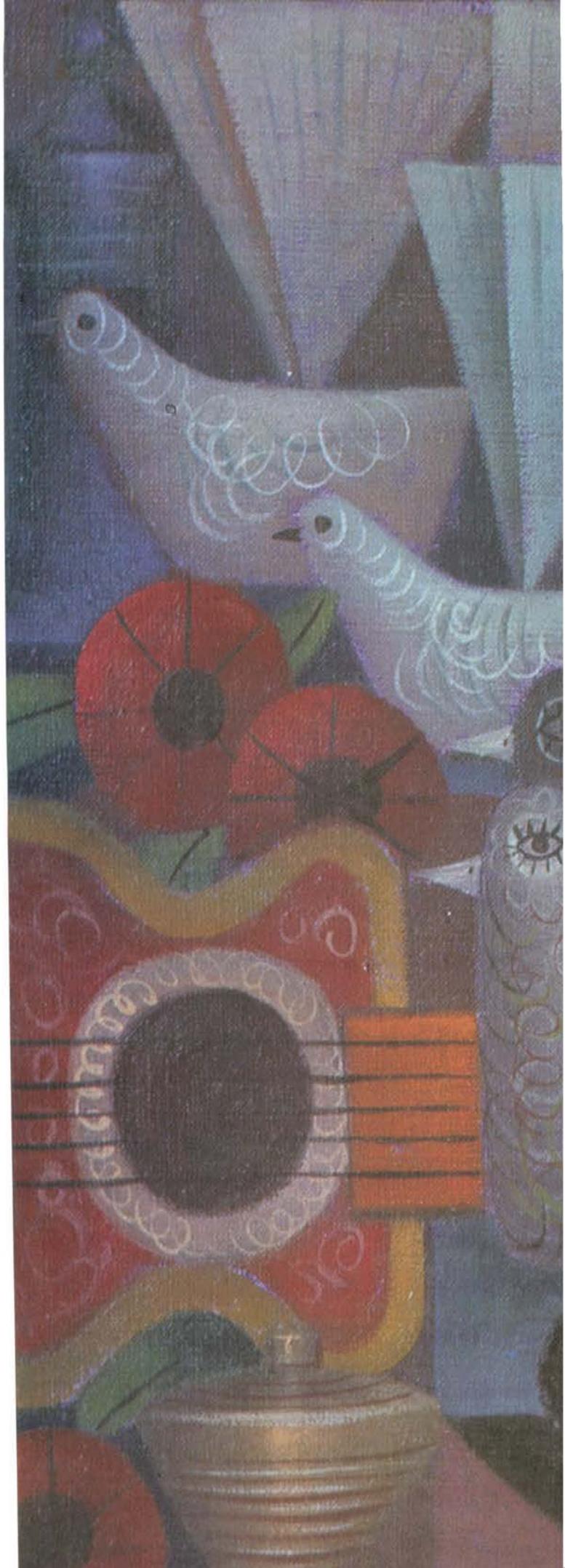
Se hace para el día de muertos. Otro dulce de esos días es el chacualole (o calabaza en tacha), calabaza cocida con piloncillo, trozos de caña, naranja, guayaba, clavo, pimienta y canela.

Fiestas

—con un tiraje de 1 000 ejemplares—
se terminó de imprimir en los talleres de Comunicación
Gráfica y Representaciones PJ SA de CV, Arroz 226,
col. Santa Isabel Industrial en el mes de diciembre de 1997.

Portada: Gilman, óleo sobre tela.

El cuidado de la edición estuvo a cargo
de la Dirección General de Culturas Populares
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes





Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



006869



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

CULTURAS POPULARES